

# COLECCIÓN ARIEL

N.os 8 y 9 (\*)

---

## BEATA FRANCIS

(Autor, inglés. Los dos cuentos que siguen pertenecen al libro *Good Words for the Youngs*: 1871).

### Los Cisnes

Era un bello y luminoso día de setiembre, en el parque de Saint--James, Londres. Estaban los árboles medio arropados en una bruma ligera y á lo lejos se oía el rumor de la gran ciudad y las campanas de la abadía de Westminster. (1) Se hubiera dicho que en aquel momento nadie había en Londres, pero sí muchas gentes en el parque; paseaban algunos en bote, otros á las orillas del lago, otros más se divertían dando de comer á las aves acuáticas.

Se resbalaban sobre las aguas los grandes cisnes blancos cuyos reflejos eran casi tan claros y definidos como ellos mismos. Así es que no debía extrañarse que los cisnes jóvenes jamás se cansaran de remirar también sus figuras.

El mayor de los cisnes capitaneaba con arrogancia. Era un gran personaje. Todo el parque de Saint--James le pertenecía, ó por lo menos, él se imaginaba que era suyo, lo que viene á ser la

---

(\*) Estos números de ARIEL están dedicados especialmente á los niños. Los educadores (maestros y padres de familia) inteligentes y buenos de la niñez deben leer y explicar á los niños estos cuentos, de modo que los sientan y que comprendan las enseñanzas que encierran.

(1) La catedral más importante de Londres.

misma cosa. Se llamaba el *Almirante*, pues gobernaba la pequeña flota de aves que habitaba en el lago. Aun los patos de todo color reconocían su autoridad y se apartaban humildemente de su camino cuando él se acercaba hacia ellos.

En una tarde de setiembre todos los cinco cisnes se sorprendieron con la aparición de un extraño en medio de ellos, grande y altivo, parecido en la forma, pero negro como el carbón, y con el pico de brillante carmín.

—Quién eres tú? interrogó el almirante.

El extraño hizo una gentil reverencia y contestó:— Soy el Cisne Negro.

—Negro eres, sin duda, respondió la mujer del Almirante, pero un *cisne*, eso nunca! No hay tal Cisne Negro.

El Almirante hizo un gesto desdeñoso.

—Que sea cisne ó no, poco importa, dijo. En todo caso su presencia entre nosotros es la de un intruso impertinente. Si es un cisne de verdad, es aún más imperdonable, pues su color va á deshonrar á todos. Señor, tengo el gusto de desear-te buenas noches. Ahora te queda la obligación de regresar enseguida al país de donde has venido.

—Está bien! repuso el Cisne Negro; muy contento estaría con volver á mi país natal. No lo dejé con mi gusto. Se me agarró, y se me trajo aquí, y se me cortaron las alas para que no pudiera escapar.

—En dónde está vuestro país? preguntó el Almirante.

—Lejos, muy lejos, al otro lado del mundo! repuso el extranjero. Allá todos los cisnes son negros y se les considera bellos.

—Negros todos! gritaron el Almirante y sus mujeres. Que bárbaro debe de ser ese país!

—No es bárbaro! dijo el Cisne Negro. El sol de allá brilla con un resplandor más grande que el de aquí, es verdad, y la luna también. Todo es allí amplio y descubierto y se pueden abrir las alas y volar lejos, muy lejos! Acá todo es pequeño, esto es una cárcel!

—Qué insensato! gritó el Almirante; mirad mi palacio de Buckingham. (1)

—Que me importa el Palacio de Buckingham! dijo el estraño; yo deseo la campiña interminable, libre para todos.

—Mirad el lago artificial, siguió el Almirante. Talvez tú no sabes que está lleno de agua por medio de pozos artesianos, espresamente para mí.

—El río en cuyas orillas nací, repuso el otro, es de tal modo ancho que no se ven las dos ribe-  
ras á la vez, y en algunas ocasiones las crecien-  
tes suben tan alto que se nada por encima de las  
copas de los grandes árboles. Oh! eso si que es  
soberbio! Y el Cisne Negro salía del agua, esten-  
diendo las alas cual si fuese á volar para su pa-  
tria, al otro lado del mundo.

—Pero esto ya no se aguanta! exclamó el Almi-  
rante. Tú no te conformas con la comparación  
de tu país bárbaro y el centro de todo lo que es  
civilizado y espléndido; no cuentes historias que  
el cisne más pequenito no te creería.

—No me hable usted con tanta dureza, dijo el  
recién llegado. Yo no digo más que la verdad! En  
todo caso soy de la misma carne y de la misma  
sangre que usted; soy un cisne y soy un estraño  
en su país; bien solo me hallo! En mi país, acoge-  
mos bien á los extranjeros.

—No tengas la impertinencia de venir á discu-  
tir conmigo, interrumpió el Almirante, ó yo te da-  
ré una lección. Supongo que te verás obligado á  
permanecer aquí hasta que te crezcan las alas,  
pero te aconsejo, para tu propio bien, que no te  
presentes delante de nosotros. Y erizó todas sus  
lindas plumas blancas y avanzando, se alejó, se-  
guido de todas sus mujeres que lo imitaban gus-  
tosas. El jefe del parque y el cuidador de las aves,  
desde el puente, miraban el encuentro del recién  
venido con los antiguos moradores. Estaban preo-  
cupados.—Para ser el comienzo, esto no está ma-  
lo dijo el jefe.

---

(1) Este palacio es la residencia de los reyes ingleses. Está si-  
tuado en el parque de Saint-James.

—Hum! repuso el cuidador, no me gustan mucho los portes del Almirante!

Desde aquel día el pobre Cisne Negro arrastró una vida triste.

Mucha fué su pena cuando dejó su país natal y sus amigos de la infancia, pero se consolaba siempre con la idea de que los blancos, apenas llegara á los dominios de ellos, lo acogerían muy bien! Pero ay! por el contrario, se sentía despreciado ó rechazado de todos. El Almirante se hacía el que ignoraba su existencia y las lindas y jóvenes cisnes se alejaban de él, como si ellas temiesen que sus plumas negras pudieran ensuciar su blancura sin mancha. Hasta los patos imitaban la conducta de sus superiores y le insultaban á menudo y los odios minúsculos de los patitos chicos le gritaban por detrás:

—Por qué no te lavas? Hay agua de sobra.

Había una cisne joven y gentil que se apiadó de él y que deseaba ardientemente consolarlo, si se hubiera atrevido á hablarle, lo cual estaba prohibido á todos por el Almirante. Una tarde en que este último fué tan amable que invitó para una charla con él á un pato de Moscovia, la bella joven se deslizó calladamente hacia el Cisne Negro que andaba triste y doliente en un lugar del lago muy poco frecuentado. La noche era de niebla, con asomos de hielo en el aire, y el pobre nativo de un clima meridional titiritaba. La bella joven se acercó á él. Era ella blanca como la nieve, él, negro como el carbón, pero sus reflejos en el agua no presentaban tanta diferencia.

—Me apena tanto verlo á Ud. tan triste, le cuchicheó ella. Hábleme de su país, dígame cómo, en las inundaciones, nadan Uds. por encima de las copas de los grandes árboles; yo si creo todo!

Con lágrimas en los ojos, el pobre Cisne Negro le dió las gracias. Entonces le contó muchas cosas de su país y de su río.

—Allá vuela uno leguas de leguas, sin dar jamás con el fin, decía. A lo largo de las orillas todos los árboles se cubren de enredaderas que forman bóvedas silenciosas. Allá se ven lindas aves;

ni negras, ni blancas, sino de los colores que engalanan el cielo!

Habló también de los grandes nenúfares (1) que flotan sobre el cristal de las aguas, y de los grajecos de los ornitorincos fabulosos (2) que se consumen con los picos de cisne y las pieles de bestia. Y habló de sus largos paseos al vuelo, con sus compañeros, cuando la luna brillaba como el día y el río estaba todo plateado. La bella inglesa escuchaba embebida y ambos estaban de tal modo encantados que no notaron un tercero que venía acercándose. De repente una voz terrible gritó:

—Insolente! Cómo te atreves á dirigir la palabra á una de mis mujeres? Con la vida lo pagarás.

La bella joven huyó enseguida y el Almirante se lanzó contra el Cisne Negro, y una lucha mortal comenzó. El Almirante era el más grande y el más fuerte. El Cisne Negro era el más altivo, sólo que la amargura y el cambio de clima le habían arrancado su fuerza nativa, pero luchó con tanta bravura y destreza que habría sido sin duda el victorioso, si el Almirante, con un agudo grito no hubiese llamado á sus servidores. Contra tantos enemigos la resistencia era inútil. Concluyó ligero la lucha y se dejó al vencido, para que muriera solo. Apenas tuvo fuerzas para arrastrarse hacia un abedul, sobre una isleta.

Se alzaba la luna en el cielo y parecía que miraba con piedad al Cisne moribundo. Débil y delirante, olvidó que se hallaba en un país extranjero y cruel. No veía más que la claridad lunar y aun suponía que estaba en las riberas del gran río, al otro lado del mundo. Algunas personas que volvían á sus casas aquella noche por el *Birdcage Walk*, (3) cerca del parque de Saint James, creyeron oír una música suave y dolorosa. Pero las puertas estaban cerradas y á sí mismos se dijeron que aquello era imaginario.

---

(1) *Nenúfares*. —Plantas acuáticas, de grandes hojas y lindas flores blancas ó amarillas.

(2) *Ornitorincos*. —Pequeños mamíferos australianos, cuyo hocico largo y cónico se parece al pico de un pato.

(3) *Paseo de la Jaula*, sería en castellano.

Al día siguiente el cuidador de las aves encontró sobre un islote el cadáver del Cisne Negro. Estaba furioso con los cisnes blancos. Pero se consoló asegurándole al jefe del parque, que desde el comienzo, él había previsto este final triste. Así lo había leído en el ojo perverso del Almirante.

\*  
\* \*

Algunos meses más tarde, la Sociedad de Aclimatación de New South Wales (1) escribió á Londres pidiendo que se le enviaran algunos cisnes blancos. Se acordó que el Almirante y dos de sus mujeres serían enviados.

—Esta es una ave de tal modo malvada que yo me alegro muchísimo de salir de ella! decía el guardián de las aves.

El Almirante estaba muy envanecido. Ya era un gran personaje en el parque de Saint James, qué no sería en un país bárbaro, en donde no había cisnes blancos? Cómo lo venerarían los indígenas! Con las alas cortadas y durante todos los inconvenientes y miserias del viaje, esta idea era la que lo alentaba.

Sus dos compañeras no se consolaban tan fácilmente. Se quejaban sin cesar, y descuidaron el arreglo de su persona hasta el punto de que en ellas jamás se hubiera reconocido á las bellezas del Parque de Saint James, así estaban de sucias y horribles. En el Cabo de Buena Esperanza, una de las dos murió agobiada por los sufrimientos.

El Almirante se afligió muchísimo por varios días, pero filosofando un poco, se repuso con la reflexión de que más valía una mujer que ninguna.

--Tú serás una gran reina, mi querida, en ese país bárbaro, le dijo, cuando ya se acercaban á las costas de Australia. Procura conducirte como tal, é imítame en todo lo que haga y diga.

Cuando el buque ancló en Port--Jackson, se

---

(1) Una de las cinco colonias inglesas que componen la Australia. La capital es Sidney.

soltaron los cisnes en los Jardines botánicos de Sydney. Este país no parecía del todo bárbaro! Hasta el Almirante tuvo que admitir que era tan hermoso como el Parque de Saint James. Pues he aquí la ancha bahía con sus playas de arena plateada y sus bellas islas sobre las aguas azules y brilladoras. Y en el jardín había bellos árboles y arbustos de todas las partes del mundo, con elegantes flores del Norte y el follaje espeso de los trópicos. Graciosos bambús, platanares, helechos, rosas y perfumados claveles. Macisos de heliotropos y geráneos, bosquecitos de camelias cuyas flores marchitas alfombraban el suelo, mientras el aire estaba impregnado de los efluvios de las magnolias y reinas de la noche. Hasta las tiernas flores salvajes de Inglaterra allí eran amadas y cuidadas, aunque sus colores fuesen sin gracia y su forma sencilla, para estar rodeadas por semejante exhuberancia de vegetación.

En un precioso tanque nadaban muchas especies de aves, tan brillantes como los matices de las flores. Cuando el Almirante allí se zambullía, soñaba, se sacudía vigorosamente y en pocos minutos avanzaba como si todo aquello fuera para él. Lo seguía su mujer, imitándole cada uno de sus movimientos, sintiéndose ya una gran reina.

—Ahora, mi querida, le dijo su esposo, no hay que perder tiempo; es preciso componernos. Vamos á deslumbrar á esta raza inferior, y por nada del mundo querría que se nos viese en esta facha!

Ambos se consumieron, se bañaron, nadaron, se peinaron. hasta que quedaron blancos como la nieve y entonces tomaron una actitud imponente para recibir á una banda de cisnes negros que se acercaba.

—Aquí pueden Uds. vivir como en su casa, así se los ruego, dijo uno de la compañía. Hay lugar para todos! Sin duda que se hallarán un poco molestos con esos preciosos trajes blancos; no es agradable ser tan distinto de los demás en el mundo, pero no somos denigrantes y sobre todo, ustedes están en el país de la libertad.

Mientras oían estas palabras, los cisnes blancos

se quemaban de rabia. El Cisne Negro atribuyó su silencio á timidez.

—No se entristezcan, repuso, quizá nuestro sol ardiente coloreará las plumas de Uds. Me encantaría llevar á su dama alrededor de los jardines.

—Esta señora, mi mujer, no me abandona jamás! respondió el Almirante con arrogancia.

—Como Ud. guste, dijo el Cisne Negro con indiferencia. Si en algo puedo servirle, no tiene más que ordenarlo.

Los cisnes blancos se alejaron dignamente. Los niños que jugaban en los jardines vinieron á echar migas de pan á los cisnes negros, y trataron en vano de atraer á los recién llegados, que se apartaron á la orilla opuesta.

Nada le divertía esta vida al *Almirante*, pues su mujer, no siendo más que su sombra y su eco, no era una compañía que interesara mucho. Pero él se complacía al ver que ella se mantenía á la altura de su rango, y que cada vez se tornaba más imponente. En efecto, la Señora Reina había sido no más que una, dentro de una multitud, al otro lado del mundo. Aquí, en Australia, ella se sentía única y suprema. Los cisnes australianos la saludaban siempre amistosamente al pasar, y el Almirante habría sentido mucho gusto en conversarles con amabilidad, alguna vez, pero su mujer no se lo permitía.

—Si una vez siquiera los tratamos como á iguales, decía, esto no acabará jamás! Ellos no tienen la menor idea de su rango social ni del nuestro, de modo que nosotros no podríamos cultivar sus relaciones sin faltar á la dignidad.

Muy ocupados en sus asuntos personales estaban los cisnes para ofenderse ó notar aún la reserva de los extranjeros. Se venía la primavera y las cisnes madres se alistaban para hacer sus nidos. La mujer del Almirante se quejaba de que no fuesen de su país las ramitas y cañaverales, y se lamentaba de que fuera para ella una obligación que naciesen hijitos suyos en este país bárbaro, en donde nadie sabría apreciar su belleza y elegancia. El almirante, á su lado, la vigilaba celo-

samente, erizando las plumas hasta parecer dos veces más grande de lo que era. Estos trabajos eran perdidos, pues todos los esposos negros estaban muy ocupados con sus mujeres, y ni recordaban la existencia de los cisnes blancos. Crujieron al fin los huevos y salieron dos cisnes chiquititos.

--Pobres criaturitas! suspiró su madre. No saben ellos cuán dura es su suerte al nacer en este país salvaje.

--Para qué gruñir siempre? preguntó el Almirante. Es preciso resignarse y educar á los hijos conforme á su rango social. También hubo cisnes negros, y su plumón no era mucho más oscuro que aquel de los cisnitos blancos. Pero la mujer del Almirante pretendía que de solo ver aquellos monstruos chicos le daban ganas de arrojar.

Los cisnes blancos se educaban conforme á su rango; es decir, no se les permitía visitar los alrededores, ni abandonar la estrecha faja de agua en donde sus padres se habían establecido. Sin embargo, un día no apareció el mayor.

--Endonde está tu hermano? preguntó la señora reina á su hija.

--Yo temo--respondió modestamente--que á pesar de todas mis advertencias, él anda divirtiéndose con los cisnes jóvenes cuya amistad usted nos ha prohibido que aceptemos. Pero aun tiene usted, mi querida mamá, una hija para quien su palabra es la ley absoluta y que desea aprovechar la experiencia y los consejos de sus padres.

Pero no se consolaba la madre.

--Infeliz criatura! gritó. Quién sabe en qué parará esto? No me atrevo á decírselo á tu padre.

En esos momentos el pequeño cisne llegó.

--Querida mamá! gritó, es preciso que me perdones. No tienes idea de lo cariñosos que son nuestros vecinitos, ellos nos compadecen de todo corazón.

--Qué necesidad! exclamó la madre. Y por qué deben ellos compadecernos, díme?

--Oh! porque, dicen ellos, que cuando nosotros seamos grandes, no tendremos ese bello color ne-

gro de todo el mundo, sino que seremos completamente blancos, como tú y mi padre, y que no tendremos nunca el pico rojo.

—Ignorantillo! dijo la madre, no sabes que todos los *verdaderos* cisnes son blancos; y que es de lo más vulgar tener un pico de carmín?

—Oh! no, querida madre; sólo nosotros en el mundo somos blancos; pero esto nada importa. No deseo ser distinto de mi papá y mi mamá, ni tú tampoco, hermanita, dí?

—Qué insensato! dijo su hermana. Con qué derecho pretenden que no seremos negros cuando seamos cisnes grandes? Yo quiero ser tan negra como ellos, y más aún; y tener un pico rosado como una camelia rosada!

En oyendo esta conversaci6n, la pobre madre erizó todo su plumaje.

—Miserables hijos! exclamó. Cómo me comprenderéis? He aquí á vuestro padre. Y ella le contó todo lo que los cisnitos acababan de decir.

—Pobres pequeñuelos, dijo con dulzura; he aquí la triste consecuencia de nacer en un país bárbaro. Tal vez me equivoqué en otro tiempo, suponiendo que las plumas blancas valían lo mismo para todos? No digo que *talvez*.

Ambos cisnes chicos se fueron á jugar y los padres continuaron hablando.

—Empiezo á creer, querida esposa, dijo el Almirante, que ya que la suerte nos ha colocado en este país, debemos aceptar las cosas tal como son, y no oponernos á que se relacionen los jóvenes. Es preciso aceptar que todos somos, después de todo, cisnes. Qué piensas tú?

—Lo que pienso, ... repuso la cisne madre, es que tú no hablas en serio. Cómo tienes el triste valor de proponerme semejante humillaci6n? Y desde cuando tú piensas así? Acaso has olvidado tú la islita del lago del Parque de Saint-James, y el cuerpo muerto del Cisne Negro que allí reposa?

—Mujer, exclamó el Almirante, nada he olvidado, pero hay cosas que uno desea ardientemente no recordarlas.

—Y la bella joven que murió de dolor, á causa de aquella terrible escena que presenció?

—No la he olvidado tampoco, dijo el Almirante.

—Ellos habían conversado juntos algunos instantes, pero tú exigiste que para reparar el honor de los cisnes blancos, debían morir. Cómo has cambiado hoy! Me avergüenzo de tí.

—Talvez sea distinto de lo que era entonces! dijo el cisne-padre. Tenía un aspecto triste y abatido, pero su mujer se enfurecía más y más.

—Debieras respetar *mi* dignidad, si ya olvidaste la tuya, dijo. Cuando venía para acá tú me prometiste que yo sería una gran reina. Reina de qué? ni aún de mis propios hijos por lo que veo.

—Mi querida, dijo su esposo tú eres mi reina!

Esta juiciosa respuesta dulcificó por un momento á la cisne-madre, pero la discusión á menudo se renovó entre los esposos. Y con el tiempo el Almirante se tornó más y más esclavo y su mujer más y más autoritaria. El se tornó más amable y ella más dura y obstinada. El se propuso soportarla con paciencia, pues sabía que era él quien le había enseñado todas esas ideas y todos esos prejuicios. Pero ella se puso siempre más desagradable y más fastidiosa como compañera y el Almirante sufría mucho con no poder cruzar palabra con sus vecinos; pero ahora ya era muy tarde.

Los jóvenes cisnes crecieron pronto y se manifestaron demasiado independientes de sus padres. Hasta la madre se vió obligada, por fin, á perder toda esperanza de separarlos de sus pequeños contemporáneos negros. Se contentó con prohibirles que citaran sus nombres delante de ella. Su hijo vino á ser muy íntimo con las cisnes australianas. Tanto le gustaban sus maneras francas y cordiales, y sus ideas libres, que estaba encantado de haber escapado, por este medio, del mal humor de su madre y de la tristeza de su padre. La pequeña Señorita Blanca se mantuvo á distancia algún tiempo, gastándose humos. Continuó creyendo con obstinación que algún día se pondría negra como un australiano y cada día miraba

su reflejo en el agua, esperando ver allí la transformación tan deseada. Pero ay! cada día se ponía más y más lechosa y al fin fué tan bella y blanca como si hubiese vivido en las riberas del Támesis. (1) Se quejaba sin cesar y su madre se fastidió.

—Oh madre! exclamó, si yo tuviese una sola pluma negra no sería tan miserable; y figúrate que jamás por jamás de la vida tendré el pico rojo. Sé que esos jóvenes cisnes me mirarán con desprecio siempre, aunque lo espresen tan amablemente. En lo que se refiere á tí y á mi padre, ustedes son viejos y nada les importa si se divierten ó lo que se piense de ambos; pero yo nunca hubiera creído que sería lo mismo que Uds.

—No sé si me fastidia más tu vulgar ignorancia ó tu ingratitud, repuso la madre, intentando dejar á su hija abandonada á sí misma.

El Almirante la escuchaba con más tranquilidad, pero se sentía herido por la crueldad con que su hija se espresaba sobre la singularidad de su aspecto y el de su madre.

Cuando comprendió lo menos que valía al lado de los cisnes negros, la Señorita Blanca se puso menos arrogante. Comenzó á visitar á las familias vecinas en compañía de su hermano, y la buena acogida que se le daba, ablandó su corazón frío. El Almirante se preocupaba mucho con estas visitas, y cuando su mujer no estaba presente, le complacía conversar con sus hijos, haciendo que le repitieran la conversación de los cisnes negros, pidiendo informes sobre su vida íntima y sus costumbres.

Cierta linda mañana de primavera, el cisne-padre y sus hijos habían charlado mucho tiempo sin notar las curiosas miradas de la Señora Cisne.

—Qué se proponen con ese cuchicheo? preguntó al fin, muy nerviosa. Por qué tanto miedo, por qué no hablan más alto?

---

(1) Río de Inglaterra sobre el cual está situada la ciudad de Londres.

Los tres se miraron asustados, y el padre murmuró:

—Es mejor que se lo digáis todo.

—Es mejor que lo hagas tú, propuso el hijo.

—No, no, dijo el Almirante, no prometí eso: pero si es necesario yo los apoyaré.

Y el joven cisne habló:—Querida mamá, temo apenarte, pero es inevitable. Mi corazón y mi pata acabo de ofrecerlos á la hija mayor de nuestros vecinos y ella me aceptó favorablemente. Mi padre ya consintió.

—Te precipitas mucho, hijo mío, dijo el Almirante tembloroso.

—Tienes que contarme todavía algo más? preguntó la Señora Swan, (1) y su marido bajó la cabeza frente á aquella pérfida mirada.

—Sí, repuso la señorita Blanca; yo, yo me casé con el hijo mayor de la misma familia.

Al escuchar palabras tan duras, saltó la madre del agua, y dió un grito tan agudo, que se oyó al otro lado de la rada, y el guardián del faro, sobre los Heads, se preguntó que podría ser aquello.

—Mi querida mujer, dijo el Almirante, no te emociones de ese modo. Déjame echarte agua.

La reina recobró sus fuerzas y dijo magestuosamente:

—Si eso ha sucedido así, me voy á ahogar.

—Muy bien, mi querida, dijo su esposo sumiso.

—*Muy bien?* repitió su mujer: que significa esto?

—Perdóname, mi querida, dijo el Almirante; quise decir solamente que yo temía que tú te fueras á resignar.

Como la señora no tenía la más mínima intención de ahogarse, se resignó al fin. Pero durante un año entero no quiso hablar á su hijo y á su hija, ocupándose en hacer nuevo nido y una familia nueva. Pero á la primavera siguiente, se vieron cisnitos blancos, negros y pintados que juntos se bañaban alegremente. Y entonces la cisne-madre no pudo rechazar las visitas de sus pro-

---

(1) En castellano, *Cisne*.

pios nietecitos, aunque siempre simpatizaba más con los menos negros y á todos recontó largas historias del glorioso país en donde existen los cisnes blancos. Los chicos jamás se fastidiaban de oír hablar de lo que ellos llamaban, entre sí, un «extraño país.» Pero el Almirante parecía muy triste cuando hablaba. Eran, acaso, los remordimientos que lo envejecían prematuramente? Acaso la tiranía de su mujer?; murió antes del nacimiento de sus hijos, de sus últimos hijitos.

Con el tiempo aún hubo casamientos dobles entre los cisnes jóvenes, y en cada generación se manifestaba menos y menos el tipo inglés. La cisne-madre sobrevivió á su marido mucho tiempo y vió con horror cómo se extendía su tribu. Decían algunos que era la vejez la que había blanqueado sus plumas, otros creían que su perversidad era la causa, y todas sus historias del país de los cisnes blancos eran miradas como fábulas y mitos.

Cierto día en que fué á visitar á una familia de hijitos de la octava generación, que habitaba en un lejano rincón de los jardines, con la esperanza de hallar entre los chicos alguno que guardara trazas de sus antepasados ingleses, llegó en el preciso momento en que los padres, muy inquietos, se ocupaban en quitar con cuidado un pequeño mechón de plumas blancas que se hallaba en el ala del más joven de los chicos y que se le veía como una deformidad. Esto fué un golpe muy cruel. La mujer del Almirante murió de este golpe.

---

### Congreso de filántropos

Había una vez un pobre pescador que pescaba y pescaba, y pescaba todo el día, sin sacar más que un puñado de algas.

—Ay de mí!—eclamaba—qué me irá á suceder! Nada tengo para llevar al mercado mañana, ni un céntimo para la casa! Si entro con mi canasta

vacía, mi mujer me dará en la cabeza con la sartén ó tal vez hasta con el caldero grande. Y se puso á sollozar tan fuerte que los peces lo oían de lejos, debajo del agua y sus corazones sensibles se conmovían.

—¿Nadie se sacrificará?, preguntó el salmón poseído de entusiasmo; la causa es bella!

Y convocó para un mitin de peces—cada especie debía enviar un representante—á fin de discutir el asunto y ver lo que había de hacerse. Formaron un círculo y el salmón que presidía, habló primero. Contó la triste situación del pescador (que ya todos conocían) y no hubo un solo corazón de pez que no palpitará de simpatía.

—¿Quién de nosotros se sacrificará? continuó el salmón. Yo debía ser quien os predicara con el ejemplo, y con todo gusto lo haría, si no fuese por mi mujer y mis cincuenta mil hijos de quienes soy el protector único, y su hermosa cara apareció bañada en lágrimas cuando repitió:—Nadie responderá á mi llamado?

Silencio absoluto. Sin duda los peces estaban tan emocionados que no podían pronunciar una sola sílaba. Habló por fin el sollo: «Al instante me sacrificaría, dijo, si eso sirviera de algo. Pero yo solo no sería vendible. Los peces de mi clase no se presentan más que en parejas y aunque yo no vacilaría en renunciar á mi propia vida por una causa tan bella, no me atrevería á mezclar en este sacrificio á uno de mis hermanos».

—Tal vez la platija?—propuso el presidente.

Y la platija, manchada de amarillo, repuso con una voz humilde y tierna:

—Ay de mí!: los sollozos del honrado pescador me parten el corazón, pero qué podría hacer yo? Ninguna generosidad habría en ofrecer como regalo esto que no tiene valor y el precio que por mí dan en el mercado es tan bajo que ni el pescador ni su mujer, si me llevaran, se recompensarían de las fatigas. El rodaballo, por ejemplo, sí que sería un tesoro en este caso.

—Muy bien dicho! dijo el presidente.

—Yo sé que me atribuyen un gran valor—dijo

el rodaballo dulcemente.—Pero, nobleza obliga, uno tiene responsabilidades; nuestra vida no es de nosotros mismos; no se puede disponer de la vida por la sola voluntad.

—Es posible que nuestra amiga la anguila...— insinuó el presidente.

—Para mí, dijo con rapidez la anguila, nada me sería más agradable que dejarme arrebatado por mis sentimientos altruistas; pero hay que desconfiar del engaño y de la precipitación. Todos vosotros conocéis el lema de nuestra familia: *Más largo y aún más largo*. Cuanto más avance en edad, tanto más holgura tengo para formarme un juicio definitivo, y temo mucho que antes de que haya estudiado este asunto en todas sus fases, el pobre hombre se haya vuelto para su casa.

—Yo no pediría mucho tiempo para decidirme.—esclamó una sentimental anchoa de Noruega—si sólo fuese un poquito más grande. Qué me importaría el sacrificio de mi vida libre y dichosa en el mar, si dejándome freír y servir en un plato, contribuyera á la felicidad de un ser humano! Pero una anchoa sirve acaso para algo? Ah! si yo fuera el bacalao...

El bacalao se apresuró á responder, con voz muy apenada:

—Mi corazón desborda piedad en pro del pobre pescador, pero no he nacido para ayudarle. He sido creado para un destino aún más interesante. No tengo derecho de desperdiciar mis cualidades particulares. Represento tanta salud, tanta vitalidad humana! Si obedeciera al impulso de generosidad que me empuja hacia ese pescador ignorante, sería vendido y comido como cualquier otro pez, y lo que había nacido para reconstituir la vida de miles de personas que sufren, se perdería por la vida de una sola!

Comenzaba el presidente á desesperar. Se dirigió á la langosta.

—Me ofrecería con gusto, dijo aquella, pero esto sé bien: no sería más que una bondad falsa. El pobre hombre y su mujer jamás me llevarían al mercado. No resistirían á la tentación de comer-

me en la cena de esta misma noche. Mañana ambos amanecerían indigestos. Enseguida, á pagar médico y recetas, y ambos concluirían por ir talvez á la cárcel... Cuando se quiere hacer la caridad hay que tener en cuenta no sólo el porvenir, sino también el presente. Bien podría aliviar á ese pobre hombre por el momento, pero esto no sería más que para arrastrarlo después á su pérdida; jamás me perdonaría yo esto.

—Precisamente, son esos mis propios sentimientos— dijo el cangrejo—sólo que yo jamás podría expresarlos con tanta claridad como mi noble amiga.

Largo silencio antes de que el presidente de nuevo tomara la palabra.

—Es preciso admitir, dijo éste, que el punto que vamos á estudiar es de naturaleza compleja y delicada. La situación del pobre pescador á cada instante se pone más crítica. Puesto que ninguno de estos señores puede sacrificarse; qué hay que hacer? Nadie es capaz de sugerir alguna cosa, algún medio?

Pero nadie indicó un camino: no hacían otra cosa que suspirar y sacudir la cabeza.

—Pues bien—dijo entonces la anguila—ya que mi presencia de nada sirve, me voy á retirar. Mis agradecimientos mejores se los debo al señor Presidente y una vez más digo que siento muchísimo las circunstancias que me impiden entregarme á una obra tan interesante. Puedo asegurar á cualquiera de Uds. que jamás se arrepentiría si se consagrara á tan noble causa.

—Muy bien! dijeron todos los peces en coro, pero nadie quiso ofrecerse como víctima.

Y ahora todos hablaban á la vez, agradeciéndole al señor Presidente y felicitándose de un mitin tan interesante, entusiasta y unánime, cuando derrepente asomaron en la arena dos ojos negros y maliciosos, con largas pestañas... Era la cabeza de un camaroncito que se asomaba, mientras que una vocesita bien timbrada dijo algo así como: *Montón de farsantes!* Y desapareció la cabeza en la arena.

Como es natural, nadie le hizo caso á una cria-

tura tan insignificante y los peces continuaron con sus agradecimientos y felicitaciones mutuas, se despidieron y entraron á sus casas respectivas.

El pescador no oyó una palabra de lo que pasaba dentro del agua. Regresó muy triste con su canasta vacía. No sabría decirnos cómo lo recibió su mujer, cuando ambos se juntaron aquella noche, á la hora de la comida...

---

### La Niña Buena

(DE VICENTE MEDINA) (\*)

—Niña, se ve que eres buena;  
niña, se ve que eres sana;  
niña, se ve que eres limpia  
como los chorros del agua.

A donde vas tan ligera  
y sola, tan de mañana?  
Como una rosa de Mayo  
llevas de hermosa la cara!

—Voy á la fábrica aquella  
que está al pié de la montaña;  
aquella grande que tiene  
las chimeneas tan altas.

Voy ligera porque pronto  
darán las tres campanadas  
y quiero estar en mi puesto  
para no perder mi plaza.

Mantengo á tres hermanitos;

---

(\*) Véanse referencias y más poesías de este autor en los números 3 y 4 de ARIEL.

mi madre está enferma en cama!  
mi padre que era tan bueno,  
hace un año que nos falta...

Me levanto muy temprano,  
aún más temprano que el alba,  
y ya me dejó á estas horas  
arregladita mi casa...

—Anda con Dios, hija mía;  
si hermosa tienes la cara,  
más hermosa, niña buena,  
debes de tener el alma!

(De *Blanco y Negro* de Madrid)

---

### Consejos de golondrina

(DE JULIO STURN)

Volando va la tierna golondrina,  
cual si dudara de su propio instinto.  
—Buscadme, hermanas, un alero,  
donde podré colgar mi primer nido.

Chillando acuden listas sus hermanas.  
—Apenas queda en el lugar cortijo  
ni alero sin su huésped; dos te quedan:  
allí una choza, allá un palacio altivo.

En esto el pico abrió la más sesuda.  
—No elijas por morada la del rico,  
en cuyo alero nuestro nido estorba,  
do ofende nuestro canto por sencillo.

—La choza escoje; allí con alegría  
el labrador verá colgar tu nido,  
su corazón piadoso te lo ampara  
y escuchará tu canto agradecido.

(Traducción de *Jorie Isaacs*).

## El niño y la golondrina

(JORJE ISAACS la tradujo del francés)

—Oh! si yo fuera dulce golondrina,  
decía un niño de pupila azul;  
con su ala yo, de niebla vespertina  
cruzaría gozoso el leve tul. (1)

--Y yo, le respondió la golondrina,  
para ser niño de pupila azul,  
cambiar querría mi ala peregrina  
por tus lindos cabellos de aureo tul.

—Y tu qué harías, dulce golondrina,  
le dijo el niño de pupila azul,  
qué harías si por tu ala peregrina  
mis cabellos te diera de aureo tul?

La golondrina entonces:—Si tuviera  
tus cabellos, le dijo, de aureo tul,  
sólo al verme en el mundo se dijera  
que yo era un ángel de ese cielo azul.

Pero tu, continuó la golondrina,  
di, tierno niño de pupila azul,  
qué harías, pues, con mi ala peregrina  
sin tener tus cabellos de aureo tul?

--Aparta, aparta, golondrina leve,  
respondió el niño de pupila azul,  
do sólo el alma á penetrar se atreve  
yo volaría entre el celeste tul.

---

(1) Muselina, gaza.

## El Pan Nuestro

Hombre que vives contento  
sin estrechez, sin afán...  
Sabes lo que es ese pan  
que te sirve de alimento?

Nadie te lo habrá enseñado  
y es natural que lo ignores...  
Talvez al saberlo llores  
como muchos han llorado!...

Escucha: en la pobre aldea,  
como en una sepultura  
vive mucha gente oscura  
sin ver el Sol de una Idea...

Vive esclavizada así  
ya que la vida la ultraja...  
Y sufre, y llora, y trabaja  
para todos... para tí!

Con ansia mira á los cielos.  
y se entristece al pensar  
que ellos vengan á turbar  
su ilusión y sus anhelos...

Pues desde que entrega el grano  
á la tierra, que es su amiga,  
hasta que en pródiga espiga  
se lo devuelve el verano,

es constante la amargura  
que su corazón embarga...  
Su llanto, semilla amarga,  
fermenta en la levadura!

Después, bajo los ardores

de un Sol rojo, indiferente,  
sudando copiosamente  
se esfuerzan los segadores...

No ves en la hoz que se afana  
algo que á pensar convida?  
Tal vez, si hoy nos da la vida,  
nos da la muerte mañana!

Para cumplir su destino  
los granos rubios y hermosos  
son por hombres silenciosos  
deshechos en el molino...

Y luego en noches iguales  
á las del dolor, eternas,  
le dan forma en sus cavernas,  
otros hombres sepulcrales...

Oh! tu que vives contento  
sin estrechez, sin afán...  
mira lo que es ese pan  
que te sirve de alimento!

Y meditar te interesa  
que han puesto en él tus hermanos  
sus lágrimas y sus manos  
antes que fuera á tu mesa.

Dignifique esa labor  
la vida de que te ufanas.  
Si con trabajo lo ganas,  
lo comerás con amor!

## LEON TOLSTOY

(El más eminente de los novelistas que hoy tiene Rusia. *Guerra y Paz* y *Ana Karénina* son sus dos novelas más importantes. Como cuentista de niños es admirable por su gran sencillez y sus buenos propósitos.)

### Dios tarda pero no olvida

En la ciudad de Vladimir vivía un joven comerciante llamado Juan Demetrio Aksyonof. Poseía dos tiendas y su casa de habitación.

Aksyonof era bien parecido, pelo rubio ensortijado, alegre y muy amante del canto. Cuando joven, fué aficionado á la bebida, produciéndole la embriaguez tendencias á la riña; pero después de su matrimonio dejó el vicio y sólo tomaba de vez en cuando.

En cierto verano, Aksyonof tenía que ir á la feria de Nizhny, y cuando iba á despedirse de su familia, su esposa le dijo:—Juan, no partas hoy; he tenido un mal sueño.

Aksyonof riéndose, repuso:—Sin duda tienes miedo de que una vez que llegue á la feria siga de juerga.

—No sé de qué tengo miedo—replicó ella—lo que sé, es que he tenido un sueño de mal agüero. Soñé que á tu vuelta de la ciudad y al quitarte el sombrero, ví que tu pelo se había vuelto enteramente blanco.

Aksyonof se rió.—Este es un feliz presagio—dijo—venderé todas mis mercancías y volveré trayéndote algunos regalos.

Diciendo esto, se despidió de la familia, montó en su coche y partió enseguida.

Cuando hubo recorrido la mitad del camino, se encontró con un comerciante á quien él conocía y ambos pasaron la noche en una misma posada. Juntos tomaron té y luego se retiraron á dormir en dos cuartos contiguos.

Tenía Aksyonof la costumbre de levantarse tem-

prano, y deseoso de viajar con la fresca, despertó á su cochero antes del alba y le ordenó enganchar los caballos.

Al emprender su marcha se dirigió al posadero que vivía detrás de la posada, pagó su cuenta y continuó su viaje.

Había recorrido cosa de 25 millas, cuando se detuvo en una venta para dar un pienso (1) á los caballos.

Paróse un momento á la entrada y se introdujo después al interior para solicitar un poco de agua caliente, hecho lo cual, tomó su guitarra y empezó á tocar.

De pronto una troyka (2) con campanillas, se detuvo y un oficial bajó, seguido por dos soldados. Vino hacia Aksyonof y empezó á interrogarlo acerca de quien era y de donde venía. El interrogado satisfizo adecuadamente las preguntas, añadiendo:—Quisiera usted acompañarme á tomar un poco de té? Pero el oficial siguió interrogándole en esta forma:—Dónde durmió usted la última noche? Estuvo sólo ó con otro comerciante? Vió á su compañero esta mañana? Por qué dejó la posada antes de amanecer?

Aksyonof, estrañado de estas preguntas, refirió lo ocurrido, agregando:—Por qué me interroga Ud. como si fuera un ladrón ó un salteador? Viajo por asuntos propios y no hay necesidad de interrogarme?

Entonces el oficial, llamando á los soldados, dijo:—Soy el agente de policía de este lugar y le interrogo porque el comerciante con quien Ud. estuvo anoche, ha aparecido asesinado. Debemos registrar sus cosas.

Entraron á la casa. Los soldados y el agente deshicieron las maletas de Aksyonof y las registraron.

De pronto, aquel, sacando un puñal oculto en una maleta, preguntó:—Y esta arma de quién es? Aksyonof miró y al percibir el puñal manchado

---

(1) Ración.

(2) Carro tirado por tres caballos.

de sangre que había sido sacado de su maleta, se llenó de terror. —Por qué está este puñal cubierto de sangre?

Aksyonof probó á responder, pero apenas pudo balbucear estas palabras.—Yo... yo no sé... no es mío...

El agente prosiguió:—Esta mañana el comerciante apareció asesinado en su cama. Es Ud. la única persona que pudo haber cometido el crimen, siendo así que la casa estaba atrancada por dentro y ningún otro estaba allí. Aquí está este puñal ensangrentado que estaba oculto en su maleta y la expresión de su rostro y su modo de proceder lo delatan! Decid: cómo llevaste á cabo el asesinato y cuánta fué la cantidad robada?

El inculpado juraba no haber cometido el crimen; decía que no había vuelto á ver al comerciante desde que tomó té en su compañía; que no tenía más dinero que 800 rublos (1) de su pertenencia y que el puñal no era suyo. Pero su voz era entrecortada, su rostro pálido y temblaba de miedo como si fuera culpable.

El agente ordenó á los soldados que ataran á Aksyonof y lo pusieran en el carro; hecho lo cual, el prisionero se santiguó y lloró. Su dinero y mercancías fueron confiscadas y él, conducido á la más próxima ciudad y encarcelado.

Hicieron averiguaciones en Vladimir acerca de su conducta. Los mercaderes y otros habitantes de esa ciudad dijeron que en época anterior había acostumbrado la bebida y malgastado su tiempo, pero que era una buena persona. Luego se le siguió la causa en la que se le inculpaba el haber asesinado á un comerciante de Ryazan, y haberle robado 20,000 rublos.

Su esposa estaba desesperada y no sabía que pensar. Todos sus hijos estaban pequeños, hallándose el menor en la lactancia. Tomólos á todos consigo y se dirigió á la ciudad donde su marido estaba preso. Al principio no le fué permitido

---

(1) Moneda rusa. El rublo equivale más ó menos á *catorce reales* (\$ 1.75) de los nuestros.

verlo, pero después de muchas súplicas, obtuvo permiso de entrar, y llegó donde él estaba. Cuando lo vió en traje de prisión, cargado de cadenas y encerrado con criminales y ladrones, cayó y perdió el conocimiento por mucho rato. Después reunió á sus hijos y se sentó cerca de él. Le habló de asuntos domésticos y le preguntó, qué le había sucedido. El le refirió todo y ella le dijo:—Qué debemos hacer?—Debemos pedir al Tsar (1) no deje perecer á un inocente.

Su esposa manifestó que había mandado una petición al Tsar, pero que no había obtenido respuesta. El prisionero no replicó y pareció más abatido.

Ella añadió:—No fué en vano el sueño que tuve, en que veía que tu cabeza se había vuelto cana. Recuerdas? y pasándole los dedos por los cabellos continuó:—Querido Juan, dile á tu mujer la verdad; fuiste tú quien cometió el hecho?...

—Con que tú también tienes sospechas de mí? exclamó Aksyonof. Y cubriéndose el rostro con las manos, comenzó á llorar. Por fin un soldado llegó y espuso que la esposa y los niños debían retirarse; y aquel desgraciado se despidió para siempre de su familia...

En cuanto se hubieron ido, recordó lo que se le había dicho y al considerar que aún su esposa sospechaba de él, se dijo:—Creo que sólo Dios puede saber la verdad; á El solo debo apelar y de El solo esperar clemencia.

Y Aksyonof no escribió más solicitudes; abandonó toda esperanza y únicamente oraba á Dios, lleno de fervor.

Fué condenado á azotes y enviado á presidio. Así, después de ser azotado con el knout (2) y una vez que las heridas que éste le produjo hubieron sanado, se le condujo á Siberia (3) junto con otros prisioneros. Durante veintiseis años vivió allí co-

---

(1) El César ó sea el que gobierna la Rusia.

(2) Instrumento de suplicio usado en Rusia, compuesto de varios vergajos con puntas de hierro sirve para azotar.

(3) Posesión rusa al N. de Asia. El gobierno ruso allí manda á los criminales y á los reos políticos.

mo un criminal. Su cabello se volvió blanco como la nieve, la barba creció rala y canosa. Su buen humor se acabó; se encorvaron sus espaldas, caminaba despacio, hablaba poco y nunca reía, mas á menudo oraba.

En la prisión aprendió á hacer calzado y ganó algún dinero con el que compró *Las vidas de los santos*. Leía este libro cuando había suficiente luz en la prisión; los domingos, en la iglesia del presidio leía los preceptos religiosos y cantaba en el coro, porque aun conservaba la voz bastante buena. Las autoridades de la prisión gustaban de él por su humildad, y sus compañeros le respetaban y le llamaban *Abuelo* y también *El Santo*. Cuando deseaban obtener algo de las autoridades, siempre elegían á Aksyonof como intercesor y cuando sobrevenían disgustos entre ellos, le llamaban para que interviniera y pusiera las cosas en su lugar.

Ignorante de lo que ocurría en su hogar, ni siquiera sabía que su mujer é hijos estaban vivos, aún.

Cierto día, una nueva partida de penados llegó al presidio. Por la tarde, los antiguos prisioneros se reunieron alrededor de los recién llegados y les preguntaron de qué ciudades procedían y cuál era la causa de su condena. Aksyonof se sentó entre sus compañeros con aire meditabundo, y oyó lo que decían.

Uno de los nuevos presos, que era un hombre alto, fuerte, como de sesenta años, de barba cerrada y cana, refirió el motivo de su condena.

—Pues bien, amigos—decía—yo únicamente tomé un caballo que estaba atado á un trineo y fui detenido y acusado de hurto. Dije, que lo había tomado solamente para llegar á mi casa más pronto con el ánimo de soltarlo después, y que además, el cochero era mi amigo personal. De consiguiente, me dije, todo va bien. Pero los otros dijeron:—No, tú te lo robaste. Pero cómo y en dónde lo robé, no supieron decirlo. Yo realmente, en cierta ocasión, cometí un delito, por el cual, en justicia, hace mucho tiempo debía encontrarme aquí. Pero

en aquel tiempo no pude ser cogido, y ahora me han mandado por una bagatela... más... ¡qué digo!... no he dicho la verdad enteramente, pues he estado en Siberia antes, aunque por poco tiempo.

—De dónde vienes? alguno preguntó.

—De Vladimir. Mi familia es de esa ciudad. Mi nombre es Makar, pero también me llaman Semyonitch.

Aksyonof, levantando la cabeza, preguntó:—Dime, Semyonitch, sabes algo respecto á los comerciantes Aksyonof, de Vladimir? Viven todavía?

—Qué si los conozco? Naturalmente. Los Aksyonof están ricos, si bien su padre está en Siberia; un pecador como nosotros, según parece. Y en cuanto á tí, *Abuelo*, por qué has venido aquí?

Aksyonof no quiso hablar de su desgracia. Solamente suspiró y dijo:

—Por mis culpas he estado en prisión por espacio de veintiséis años.—Qué culpas? preguntó Makar Semyonitch. Aksyonof solamente repuso:

—Bien, bien, debo haberlo merecido! Y no habría pasado á más, si sus compañeros no hubieran dicho al recién llegado, por qué Aksyonof estaba en Siberia: cómo un desconocido había asesinado á un comerciante y puesto el puñal entre los objetos de aquel, quien fué condenado injustamente.

Cuando Makar Semyonitch oyó esto, miró á Aksyonof, se golpeó la rodilla y exclamó:—Bien, esto es maravilloso! Realmente maravilloso! Pero, qué viejo estás, *Abuelo!*

Los otros preguntaron la causa de su sorpresa y en dónde había visto á Aksyonof antes; pero Makar no respondió. Solamente se limitó á decir:—Es extraño que nos hayamos encontrado aquí, muchachos!

Tales palabras despertaron en Aksyonof la sospecha de si sabría este hombre quién habría matado al comerciante, y en consecuencia dijo:—Talvez Semyonitch, habrás oído algo acerca de este asunto ó acaso me hayas visto antes.

—Cómo he podido dejar de oír? El mundo está lleno de rumores; pero ha trascurrido tanto tiempo, que he olvidado lo que escuché.

—Tal vez supiste quien mató al comerciante— preguntó Aksyonof. Makar riéndose, replicó:—Debió ser aquél en cuya maleta se encontró el puñal; cómo habría podido otro ocultarlo en tu maleta, si la tenías bajo tu cabeza? Cualquier movimiento en ese sentido te habría despertado.

Al oír Aksyonof estas palabras, comprendió que ese hombre había sido el asesino del comerciante. Se levantó y se fué. En toda la noche no pudo dormir. Se sintió terriblemente desgraciado y toda clase de ideas pasaban por su mente. Contemplaba la imagen de su esposa, tal como ésta se encontraba en el momento de partir él para la feria. La veía como si estuviera presente; su rostro y sus ojos estaban allí delante de él; oía su conversación y risa. Luego miraba á su hijos, como eran entonces, pequeños: uno con una capita, otro en brazos de su madre. Se recordaba á sí mismo, tal como solía ser, un joven alegre. Recordaba también que estaba sentado en el pórtico de la posada, tocando la guitarra, cuando fué hecho preso, y cuán exento de cuidados se encontraba. Percibía, con los ojos del entendimiento, el lugar donde fué azotado; el verdugo, el pueblo aglomerado á su alrededor, las cadenas; los presidiarios, sus veinte y seis años de vida de penado y su prematura vejez. El pensamiento de todo esto lo hacía tan infeliz, que estaba á punto de quitarse la vida.

—Y considerar que todo esto es obra de ese miserable! pensaba Aksyonof. Y era tal su cólera contra Makar, que ardía en deseo de venganza aunque por satisfacerla tuviera que morir. A pesar de las oraciones que continuó diciendo durante la noche, no consiguió tranquilizarse; y en el trascurso del día, procuró no acercarse á Makar y ni siquiera mirarlo. Quince días pasaron del mismo modo. Aksyonof no podía dormir por las noches, y era tan desgraciado que no sabía qué partido tomar.

Una noche, mientras caminaba por la prisión, notó que un montón de tierra salía de uno de los dormitorios de los presidiarios. Deteníase á obser-

var esto, cuando de pronto se deslizó Makar debajo de su lecho y miró á Aksyonof con estupor. Este trató de pasar sin mirarlo, pero Makar, tomándole por la mano, le dijo que había estado cavando un hueco debajo de la pared, y que se deshacía de la tierra metiéndola entre sus botas, las que vaciaba todos los días en el camino cuando eran conducidos los prisioneros á su trabajo.

—Si no me denuncias, anciano, tú tambien puedes escapar; más, si lo haces, me azotarán de tal suerte, que es posible que muera; ten presente sin embargo, que antes te mataré. Aksyonof temblaba de ira al ver á su enemigo; retiró su mano y dijo: —No tengo deseo de huir y tampoco tienes necesidad de matarme; hace mucho tiempo me mataste!... En cuanto á si te denuncio ó no, procederé como Dios me lo inspire.

Al día siguiente, cuando los presidiarios fueron conducidos al trabajo, los soldados que los custodiaban percibieron que alguno de ellos vaciaba un poco de tierra de sus botas, y á causa de este hecho, fué registrada la prisión y descubierto el agujero.

Llegó el gobernador y habiendo interrogado á los presos acerca del autor del proyecto de evasión, todos negaron tener algún conocimiento al respecto, pues aquellos que estaban al tanto de lo ocurrido no quisieron delatar á Makar, concedores del terrible castigo que les esperaba. Por fin, el gobernador volviéndose á Aksyonof, á quien tenía por hombre justo, le dijo:—Eres un hombre verídico, anciano, dime, ante Dios: quién rompió la pared?

Makar permaneció como si no se tratara de él, veía al gobernador con insistencia, y sólo dirigía furtivas miradas á Aksyonof, el cual profundamente conmovido, temblaba en ese instante sin poder articular palabra, y pensaba: Por qué, he de proteger á ese que fué causa de mi perdición? Que pague lo que debe por mis sufrimientos. Mas, si lo delato, puede que lo castiguen hasta matarlo, y quién sabe!; acaso sospeche de él sin fun-

damento; y en resumen, qué dicha pueden reportarme sus dolores?

—Y bien, anciano, repitió el gobernador, dínos la verdad: quién ha estado cavando el muro?

Aksyonof miró á Makar y dijo: No puedo decirlo á Usía; Dios me lo prohíbe, y puesto que estoy en vuestras manos, haced de mí lo que gustéis.

A pesar á las instancias del gobernador, el interrogado rehusó dar más esplicaciones, siendo necesario dejar el asunto en el mismo estado.

Por la noche, cuando Aksyonof estaba en su lecho, y precisamente en el instante en que comenzaba á dormirse, sintió que alguien se aproximaba y se sentaba al borde de su cama. No obstante la oscuridad, reconoció á Makar.

—Qué necesitas de mí? Por qué has venido aquí? preguntó Aksyonof.

Makar callaba; y por esto el interrogante incorporándose en su lecho, continuó: —Qué quieres? Vete ó llamaré al centinela. Makar, inclinándose sobre Aksyonof, le murmuró al oído: —Juan Demetrio, perdóname!—De qué? inquirió Aksyonof.—Fuí yo quien dió muerte al comerciante y quien ocultó el puñal en tu maleta. También pensé asesinarte, pero oyendo un ruido en la parte exterior de la casa; oculté el puñal dentro de tus objetos y escapé por la ventana.

Aksyonof callaba no encontrando que decir. Makar se deslizó de la cama y se arrodilló en el suelo.—Juan Demetrio—dijo—perdóname! Por el amor de Dios, perdóname! Estoy listo á confesar que fuí el autor del crimen: y así tú serás puesto en libertad y podrás volver á tu casa.—Decir esto es muy fácil:—cuánto he sufrido por causa tuya durante veintiséis años! A dónde podría ir ahora?... Mi mujer murió y mis hijos me han olvidado. No tengo donde ir... Makar Semyonitch no se levantaba y golpeando la cabeza contra el suelo, exclamó: Juan Demetrio, perdóname! Cuando me azotaban con el knout, no sentí un tormento mayor que el que ahora siento al mirarte... te compadeciste de mí y no me delataste! Ah, desdichado de mí! Por Jesucristo, perdóname! y comenzó á sollozar.

Cuando Aksyonof lo notó, no pudo contener las lágrimas.

—Que Dios te perdone—dijo—puede que yo sea cien veces peor que tú; y al pronunciar estas palabras sintió un gran alivio en el corazón y el deseo de volver á su casa desapareció por completo. Ya no quiso abandonar la prisión y su única esperanza de libertad la cifraba en la muerte. A despecho de lo dicho por Aksyonof, Makar Semyonitch confesó su crimen; pero cuando la orden de libertad llegó, ya Aksyonof había abandonado este mundo.

(Traducción y envío de la compañera América Quiñones.)

---

### Malachka y Akulina

Aquel año llegó pronto la Semana Santa: apenas se habían concluído los viajes en trineo, se veía aún nieve en los patios, y estaban ya deshelados los arroyos en el campo.

En una calleja, entre dos patios, se había formado una gran charca; y dos niñas de casas diferentes se encontraron á la orilla, una pequeña, la otra algo más crecida. Vestían un sarafán (1) nuevo; azul la pequeña, y la otra, amarillo con dibujos. Ambas llevaban pañuelo á la cabeza.

Al salir de misa habían corrido hacia el charco: se enseñaron los vestidos, y se pusieron á jugar. Querían divertirse haciendo saltar el agua. Cuando la menor se disponía á meterse en el agua con las botas puestas, la otra le dijo:

—No te metas así, Malachka, tu madre te va á reñir. Me quitaré las botas; quítatelas tú también.

Descalzaronse las niñas, recogieron la falda y empezaron á andar por el agua al encuentro una de otra.

Cuando á Malachka le llegó el agua al tobillo, dijo:

---

(1) Traje de aldeana.

—Qué hondo está eso, Akuliuchka; tengo miedo.

—No le hace, repuso la otra, no será ya más hondo: ven derecho hacia mi.

Al acercarse la una á la otra, Akulina dijo:

—Ten cuidado, Malachka, ten cuidado no me mojes: ve más poco á poco.

Pero aún no había concluído, cuando á Malachka se le torció el pie y salpicó el sarafán de Akulina.

Y no sólo se le mojó el sarafán á Akulina, sino que le llegaron gotas de agua hasta la nariz y los ojos. Al ver manchado su vestido nuevo, se enfadó con Malachka, empezó á injuriarla, y corrió tras ella á pegarle.

Malachka se asustó. Comprendió que había hecho una tontería, salió corriendo de la charca, y se dirigió á su casa.

En aquel momento pasaba la madre de Akulina. Al ver mojados completamente el sarafán y la camisa de su hija, exclamó:

—Dónde te has manchado así el sarafán y la camisa, picaruela?

—No tengo yo la culpa: ha sido Malachka que me ha mojado al propio.

La madre de Akulina cogió á Malachka y le pegó en la nuca.

Llenaron la calle los gritos de Malachka. Oyóla su madre, y salió á enterarse de lo que ocurría:

—Por qué le pegas á mi chiquita? gritó, injuriando á la vecina.

Empezaba á agriarse la disputa.

Las madres iban á cogerse del moño. Los mujiks (1) salieron de sus casas y se reunió en la calle mucha gente. Todos gritaban á la vez, nadie escuchaba á los demás. Se injuriaban unos á otros; era inminente una batalla, cuando la anciana abuela de Akulina se puso entre los mujiks para hacerlos entrar en razón.

—Qué es lo que haceis, amigos míos? exclamó. Y en un día como este! Pecar de este modo, cuando debiéramos estar contentos!

---

(1) Así se llaman los campesinos de Rusia.

Pero no le hacían caso: estuvo en un tris que la atropellaran. Y la anciana no habría podido apaciguarlos, á no haber sido ayudada por Akulina y Malachka.

Mientras las madres se disputaban, Akulina se había secado el sarafán. Volvió corriendo al charco, cogió una piedra y empezó á hacer una atarjea para que el agua se fuera por la calle abajo.

Al poco rato, Malachka se le acercó, y con un palo le ayudó á hacer la reguera.

Habían ya empezado los mujiks á cambiar algún porrazo, cuando el agua saliendo á la calle por la reguera, llegó junto al sitio en que la anciana trataba de separar á los mujiks. Las niñas iban á cada lado del arroyo.

— Va más aprisa que nosotras el agua: alcánzala, Malachka, gritaba Akulina, alcánzala.

Malachka quiso también decir algo, pero el exceso de alegría le impidió hablar.

Seguían corriendo las dos niñas, y reían al ver hundirse el bastón y correr con el agua del riachuelo. Llegaron de este modo al encuentro de los mujiks. La anciana las vió, y gritó á los mujiks:

— No tenéis temor de Dios! Habéis empezado á pelearos por causa de estas dos chiquillas; hace ya tiempo que lo han olvidado todo, y vedlas como juegan otra vez las dos juntas! Son más sensatas que vosotros!

Los mujiks miraron á las dos niñas, y se avergonzaron. Se burlaron de sí mismos, y se fué cada cual á su casa.

«Si no sois como los niños, no entraréis en el reino de los cielos».

---

---

## Los ciegos y los elefantes

Un rajá (1) indio ordenó que se reunieran todos los ciegos de la comarca para mostrarles sus ele-

---

(1) Un soberano indio.

fantes. Fueron los ciegos á las caballerizas y manosearon los elefantes.

Uno tocó la pierna, otro la cola, otro la grupa, otro la espalda, otro las orejas, otro los colmillos, otro la trompa.

El rajá les preguntó á los ciegos:

—Qué os parecieron mis elefantes?

El primer ciego respondió:—Tus elefantes son como columnas. Había manoseado las piernas.

Dijo el segundo:—Son como varillas. Había examinado la cola.

Esclamó el tercero:—Son de madera! Había tocado la grupa.

El que había manoseado el vientre afirmó: —Son como grandes terraplenes.

El que había tocado la espalda sostuvo:—Son montañas.

El que había examinado las costillas dijo:—Son murallas.

El que había manoseado las orejas juró que parecían pañuelos.

El que tocó la cabeza decía:—Es un mortero.

El que había examinado los colmillos dijo:—Son de cuerno.

Y el que había tocado la trompa concluyó afirmando que eran como gruesas cuerdas!

Y todos aquellos ciegos disputaban entre sí, sosteniendo su opinión con tenacidad.

---

### Los dos gorrioncitos

Tenemos en casa  
unos gorrioncitos,  
que un chico travieso  
cogió de su nido.

Los trajeron martes,  
ayer fué domingo:  
toda la semana  
sin madre han vivido.

Se pasan gritando,  
talvez tengan frío...  
quizá se lamentan  
del hogar perdido.

    Mi hermana afanosa  
les procura abrigo  
y los alimenta  
á cada ratito.

    Sin otro sustento  
que néctar fingido,  
se animan y crecen  
ambos pajaritos.

    Son largas sus alas,  
bien formado el pico,  
abierta la cola,  
y el plumaje lindo.

    A volar comienzan,  
se salen del nido,  
y por todo el cuarto  
dan sus paseítos.

    Mañana los sueltan  
en campo florido,  
para ver si quieren  
dejar el asilo.

    Qué sería de éstos  
pobres huerfanitos  
sin mi buena hermana  
que su madre ha sido?

    Ojalá que nunca  
imiten los niños  
al muchacho torpe  
de feroz instinto.

    Con piedad debemos  
y mucho cariño  
cuidar de las aves  
los pequeños hijos.

ANASTASIO ALFARO (\*)

---

(\*) Uno de nuestros más competentes naturalistas.

## La azucena y el clavel

Dijo el Clavel con orgullo  
A la tímida Azucena:  
—Cómo puedes compararte  
A mi matiz, que embelesa?  
Rojo es el color del iris  
Que en nuestra atmósfera reina;  
Rojo el color de los labios  
De las niñas hechiceras;  
Roja la brillante púrpura  
Que sobre sus hombros llevan  
Los augustos soberanos  
Que desde su trono imperan;  
Roja también es la sangre  
Que lleva el hombre en sus venas;  
Y rojas—ay!—son las ansias  
De los que aman y no esperan.

Y respondió con dulzura  
la perfumada Azucena:  
—Blanca es el alba, que anuncia  
Del Sol la espléndida hoguera  
Y el soberbio despertar  
De los cielos y la tierra;  
Blanca es la faz de la luna,  
Que desde la azul esfera  
Su luz argentada y pura  
Hasta nosotras destella;  
Blancos son los azahares  
Que le sirven de diadema  
A la gentil desposada;  
Y es blanca, sí, la conciencia  
Del que nunca se manchara  
Con obras ruines y negras...  
Dime, pues: cuál de nosotras  
Es, oh Clavel! la más bella?

MAGDALENA DE PEÑA Y BADÍN (\*)

---

(\*) Escritora cubana que en compañía de su hermana Caridad dirige en Santiago de Cuba una importante revista titulada *Fémina*. Esta escritora posee el arte sencillo y natural que en estos versos resplandece y constituye uno de los más lozanos frutos del trabajo feminista en América.

### La pedrada

Era una tarde y sobre el verde prado  
Corría entusiasmado,  
Cerca del bosque, candoroso niño,  
Contemplando los valles y las lomas,,  
Las inquietas palomas,  
Los arbustos y flores, con cariño.  
Poco á poco las nubes nacaradas,  
De reflejos bañadas,  
Se tornaron en genios iracundos;  
No eran ya nubes, eran nubarrones  
Que huían cual legiones  
De fantasmas terribles de otros mundos.  
Todo estaba sin luz, todo sombrío;  
El pavoroso río  
Resonaba á lo lejos con violencia;  
El niño lo escuchó quedo, muy quedo,  
Sintió profundo miedo...  
Como vago estertor en la conciencia.  
Horrible tempestad se preparaba,  
Y el niño que miraba  
El hondo espacio por las nubes lleno,  
Lanzó arriba una piedra, y al instante  
Una chispa brillante  
Surgió de allí con formidable trueno.  
El niño huyó! Bien pronto en el regazo  
Con frenético abrazo  
Estrechaba á su madre con anhelo;  
Esta, afanada, preguntóle:—Hijo!  
Qué tienes? Y él la dijo:  
—Escóndeme por Dios!...  
Que he roto el cielo.

JULIO FLÓREZ (\*)

---

### Somos siete!

Me topé un día con una niña de ocho años, más ó menos; sus cabellos ondeaban en espesos bucles

---

(\*) Uno de los más distinguidos entre los actuales poetas de Colombia. Hoy es nuestro huésped.

alrededor de su cabecita; su fisonomía presentaba el aspecto salvaje de un niño de la estepa (1) y su traje era bien sencillo. Su presencia me alegró.

—Cuántos hijos sois en vuestra casa? le dije. Cuántos hermanos ó hermanas tienes?

—Por todos somos siete, contestó; dos se han ido á vivir á la aldea; dos están en el mar y en el cementerio todavía descansan mi hermano y mi hermana. Por lo que hace á mí, vivo con mi madre, detrás del cementerio, cerca de ellos.

—Cómo es eso! Dos son aldeanos, dos son marineros, y contigo son siete! Díme, querida niña, cómo puede ser esto?

—Somos siete, somos siete, me repitió con viveza; allí, en el cementerio, bajo el sauce, hay dos.

—Tu, tu corres alrededor del árbol y bien se ve que estás viva, pero ellos, ellos descansan bajo el sauce, no los veo, vosotros solamente sois cinco.

—Florece la tierra sobre sus tumbas y no hay diez pasos de distancia de mi madre á sus queridos hijos que se recuerdan mucho. Amenudo vengo aquí á bordar un pañuelo ó á remendar medias; me siento cerca de ellos y les canto una canción. Por la noche, si el tiempo está despejado, cojo mi pan y mi queso y me vengo á cenar aquí; durante mucho tiempo la pequeña Juanita languideció día y noche, pero Dios no la olvidó; un día de tantos vino á socorrerla y no la vimos ya más porque se fué. Así que la sepultaron y floreció la tierra que la cubría, vinimos á jugar acá mi hermano Juan y yo. Soñaba ya con los patines y los trineos del invierno, cuando Juan, mi bondadoso hermanito, también se fué y vino á recostarse junto á su hermana.

—Entonces cuántos sois? repliqué. En el cielo, dos... escúchalo bien... Vosotros no sois más que cinco!...

—Oh, caballero, no es cierto; cuente bien, ahora somos siete.

—Hay que descartar dos; ellos descansan en la tierra y sus almas se han ido arriba, al cielo...

---

(1) Las estepas rusas son grandes llanuras estériles.

Pero todo lo que le decía era en vano y la chiquilla siempre repetía:

—No! no! somos siete, siete, no le digo?

KOSLOF (1)

---

## HANS CHRISTIAN ANDERSEN

(Autor danés. Sus cuentos de hadas lo han hecho célebre, por su sentido práctico, su sátira, su gran humor).

### El caracol y el rosal

Alrededor del jardín había una cerca de avellanos y fuera el campo con sus vacas y cabras; pero en medio había un rosal en flor, y á sus pies rastreaba un caracol.

—Esperad que mi día llegue—decía.—Entonces haré algo más que dar rosas, avellanas ó leche, como las vacas y las cabras.

—Yo espero mucho de usted—le respondió el rosal.—Pero me atreveré á preguntar cuándo será eso?

—Yo me tomo mi tiempo. Usted tiene demasiada prisa.

### I

Un año después el caracol se asoleaba casi en el mismo sitio que el año anterior, y el rosal, lleno de botones, daba otra vez más rosas, siempre nuevas y frescas.

El caracol sacó la mitad del cuerpo fuera de la concha, alargó los cuernos y los volvió á encoger.

---

(1) Poeta ruso (1774—1838). Sus poesías se distinguen por la elevación de estilo, la delicadeza de pensamientos y por su gran melancolía.

—Lo mismo que el año pasado. No se ha adelantado un paso. El rosal continúa con sus rosas; no da más de sí.

Pasó el verano y llegó el otoño.

El rosal aún tenía rosas y botones, cuando le sorprendió la primera nevada y los días fríos y húmedos. Entonces dejó caer sus ramas, y el caracol desapareció en la tierra.

## II

Vino otro año, y las rosas volvieron á florecer y el caracol á sacar los cuernillos.

—Ahora es usted un rosal viejo, le dijo, que pronto se secará. Ha dado usted al mundo todo lo que ha podido. Si ha sido algo útil, eso es otra cuestión de la que no tengo tiempo de ocuparme. Pero es cosa evidente que usted no ha hecho nada para su desarrollo interno; si no, otra cosa hubiera sido. Entiende usted lo que le estoy diciendo?

—Me asusta usted —respondió el rosal. Nunca he pensado en eso.

—Eso es una verdad; usted ha pensado poco. Se ha dado usted cuenta, siquiera alguna vez, de por qué florecía y cómo florecía? Por qué así y no de otro modo?

—No—dijo el rosal.—Florecí en el regocijo, porque no podía menos. El sol era ardiente, el aire muy puro, bebía el rocío trasparente, y la lluvia sacudía con fuerza mis hojas, respiraba y vivía. Sentía una fuerza de la tierra, sentía una fuerza de allá arriba, una felicidad siempre nueva, siempre grande, y por eso tuve que florecer; era mi vida y no podía menos.

—Ha llevado usted una vida muy cómoda.

—Sin duda. Todo me ha sido concedido. Pero cuán mejorado ha sido usted, que es uno de esos seres profundos y pensadores, uno de esos talentos que han de admirar al mundo.

—No será esa mi intención; porque á mí qué

me importa el mundo? Qué tengo yo que ver con él? Tengo bastante conmigo mismo.

—Pero, no debemos todos en la tierra dar nuestra mejor obra y ofrecer á los demás lo que podamos? Yo sólo he dado rosas; pero usted, usted que tanto recibió de arriba, qué dió al mundo ó que le da?

—Qué le dí? Qué le doy? Me río yo del mundo. No sirve para nada, ni me importa que no sirva. Éche usted rosas, ya que no puede hacer otra cosa; dejemos á esas plantas dar nueces y á las vacas y á las cabras leche. Esas tienen su público. Yo tengo el mío en mí mismo y así estoy bien. El mundo poco me importa.

Y el caracol se metió en su concha y cerró la puerta.

—Qué pena!—pensaba el rosal.—Con la mejor voluntad no puedo concentrarme en mí mismo; tengo siempre que salir, que brotar en rosas.

Mis hojas se caen y el viento se las lleva...; sin embargo, una de mis flores la he visto poner en el libro de misa de mi ama, otra se la prendió una mujer en el pecho, y la otra la besó un niño en santa alegría. Esos son mis recuerdos, esa mi vida.

Y el rosal siguió floreciendo en su inocencia, y el caracol arrastrando su casa por la tierra, sin ocuparse para nada del mundo.

Pasaron años.

El caracol es tierra en la tierra, el rosal tierra en la tierra; también la rosa del recuerdo, la del libro de misa ha pasado... pero en el jardín florecen nuevos rosales, y á su pie se arrastran otros caracoles, que se meten en su casa sin preocuparse del mundo.

### III

Empezamos otra vez el cuento?

Porque siempre ha de ser el mismo.

## Felicidad

Al volver de la faena  
á su casa el labrador,  
la cara de sudor llena  
y el alma fresca y serena  
respirando paz y amor,

parece que en el camino  
que van hollando sus pies  
de incansable peregrino,  
resplandeciera el divino  
destello de su honradez.

Cuando vuelve de la escuela  
á su dulce y tibio hogar  
donde el amor siempre vela,  
la tropa infantil que vuela  
por la tarde á descansar,

deja en el sendero impreso  
el rastro de su candor,  
como la huella del beso  
que deja el viento travieso  
en el rostro de la flor.

Oh niño! Es de la conciencia  
la santa tranquilidad,  
que con sublime elocuencia  
va diciendo en la existencia:  
yo soy la felicidad!

JOSÉ MARÍA ZELEDÓN (1)

---

(1) Referencias y más poesías de este autor véanse en el nº 6 de ARIEL.

## Mi patria

(PARÁFRASIS DE SCHILLER) (\*)

Soy ciudadano del mundo:  
endonde abunda la vida  
pongo mi afecto profundo,  
tengo una tierra querida.

En donde surca el arado  
o la nave, en cualquier parte,  
mi enemigo es el malvado  
y un ideal es mi estandarte.

En donde triunfa el derecho  
y la paz une las manos  
naturalizo mi pecho,  
porque allí están mis hermanos.

Con hogar ó vagabundo  
mi patria no tiene nombre:  
soy ciudadano del mundo  
y compatriota del hombre.

ROBERTO BRENES MESÉN

(Del volumen *En el Silencio.*)



## De mi jardín

El ritmo lento de las blancas alas  
de un enjambre de lindas mariposas  
turbaba el sueño de las frescas rosas...

---

(\*) Imitación de Schiller, el célebre poeta alemán.

Brillando al sol la nieve de sus alas  
fingían las alegres mariposas  
una lluvia de pétalos de rosas...

Al suelo una cayó; su par de alas,  
envidia de las otras mariposas,  
quedó entre las espinas de las rosas;

y un pajarillo, que la vió sin alas,  
dispersando el tropel de mariposas,  
la devoró debajo de las rosas;

mientras, tendidas al placer las alas,  
el grupo de opulentas mariposas  
turbaba el sueño de las frescas rosas...

ENRIQUE HINE SABORÍO (\*)

---

### Recitación escolar

*A mi hijo Gonzalo*

Yo tenía un pajarito  
preso en la jaula,  
y mi madre me dijo  
que lo soltara,  
que Dios puso á esos seres  
tan lindas alas  
para que en el espacio  
libres volaran.  
Hay un rosal frondoso  
frente á mi casa,  
juegan sus rosas frescas  
con mi ventana;  
y desde que en el cielo

---

(\*) Comienza á distinguirse entre los nuevos escritores de Costa Rica. Sus obras están en el porvenir.

sonríe el alba,  
hasta que allá en la tarde  
la luz desmaya,  
al rosal viene el ave  
y alegre canta,  
y su canto de gloria  
me llena el alma.  
Bendita sea la mano  
que abrió la jaula,  
devolviéndole al cielo  
dos lindas alas.  
Oh! madre de mi vida,  
madre adorada!  
para tí canta el ave,  
para tí canta.  
Yo conozco su idioma:  
en notas claras,  
alegres y armoniosas,  
te dice: gracias!

AQUILEO J. ECHEVERRÍA (\*)

---

## El 5

Como nunca pudo tolerar, en cuanto al aseo, los desmanes de sus hijos, los corredores parecían otra vez una muchacha trajeada de fiesta. Complacían la vista la albura de sus paredes recientemente enjalbegadas, (1) el piso enlosado de nuevo y el nuevo pretil de piedra.

En esta ocasión, con grave continente, les dijo, con más vehemencia que de costumbre, que á muy severo castigo se esponía el infractor de las leyes estrictas del aseo que les predicaba sin descanso. Luego montó á caballo y salió al campo. El día estaba primoroso.

---

(\*) El más popular de los poetas costarricenses.

(1) Encaladas.

Los muchachos guardaron respeto profundo al pretil y á las paredes, y casi pisaban sobre las puntillas el enlosado. Su natural fogosidad estalló en el patio y en el aposento de la mamá. Por supuesto que después, ya lejos las amenazas, harían de las suyas.

Cuando el sol lanzaba sus últimos rayos amarillos sobre la pared del corredor situado al Este, el padre desmontó y fué á buscar descanso dentro de las habitaciones, en elegante sofá. Sacó un enorme tabaco; registróse los bolsillos, y no encontrando con qué encenderlo, llamó á una de las chiquitas para que le trajese fuego. Ella cumplió su cometido, y á saltos y carreritas fué á la cocina á dejar el tizón que trajera; pero de pasada se le ocurrió pintar con él la pared del corredor. Apenas comenzada su acción se asusta de ella y, al contraerse su manecita, nerviosamente dejó trazado en la blanca pared iluminada por el sol poniente, un grandísimo 5 bastante mal hecho.

Al otro día echaron de ver la ofensa negra inferida á la pared encalada, y en los semblantes de los niños se pintó el asombro. Cada cual se preguntaba quien habría sido el de tamaño desafuero. Los cuchicheos y aspavientos disimulados de ellos delataron pronto lo ocurrido. El jefe de la casa se descinó el cinturón, y seguido de todos hizo alto frente al 5 é interrogó con ceño contraído y voz acedada, quién era el autor de aquel número.

La delincuente, una menudencia, se metía entre el grupo de sus hermanos, tratando de no exhibirse.

La chiquillería con aspecto de reos, con los ojos muy abiertos, no chistaba. Qué iba á chistar!

Todos, pues, sufrirían la pena; mas advirtió el padre que los menores, no, porque aquel 5 no podía ser obra sino de uno de los mayorcitos: que los menores ignoraban tales signos y menos los podían hacer.

A la miniatura origen de esta situación, le brillaron los ojos de felicidad al verse libre de temores. Pero aquellos seis años no resistieron al

peso terrible de una injusticia, y hechos una Magdalena salieron del grupo, compungidos, y dijeron tímidamente:

—Yo fuí...

El padre la miró breves instantes, tan chiquitilla, que se perdía entre sus hermanos, y sin poder creer lo que oía, levantó en sus brazos dichosos aquella heroicidad.

CLAUDIO GONZÁLEZ RUCAVADO (1)

---

### El Manantial y la Charca

Sobre la pendiente de una colina, al pie de un nogal añoso, brotaba fresco y cristalino, un hermoso manantial.

Recibía su primera luz en un hueco de una roca guarnecido de musgo en forma de nido de golondrina, escapándose vivo, claro, susurrante, feliz por encontrarse libre, por brillar al sol, por reflejar el azul del firmamento y por acariciar la cabellera de los sauces, las enhiestas espadañas y las olorosas mentas silvestres.

No lejos del alegre manantial se extendía una charca torpe y antipática que dormitaba sin cesar.

En su eterna somnolencia, el susurro del manantial le incomodaba.

—Oh! dijo un día con voz gruñona que corrió como un soplo sobre sus aguas ligeramente arrugadas y ceñudas. Qué cansada estoy de tanta charla y de tanta agitación! Eh! señor Manantial, á ver si hace usted el favor de callarse y deja en paz á los vecinos! Párese de una vez y déjenos tranquilos!

—Si cesase de cantar, manifestaría que me que-

---

(1) Entre los escritores costarricenses es el que con más éxito hasta ahora, ha pintado la vida de nuestros niños. Véase su libro reciente: *Ayer*.

daba inmóvil, respondió el manantial; y si me detuviese, me volvería inútil. Para qué sirve usted, señora, durmiendo siempre? Nadie bebe esas aguas cenagosas; el suelo que bañan no producen más que cañas ó juncos, y sus vapores son malsanos para los que las respiran. Créame usted, perozosa vecina no soy yo quien debe inmovilizarse, sino usted quien debe abandonar el lecho para trabajar como yo.

Un martín-pescador, que ostentaba elegante traje azul, sorprendió ese diálogo mientras acechaba los pececillos de la charca.

Nada tiene de extraño que un martín-pescador, comprenda el lenguaje de las aguas á fuerza de vivir cerca de ellas.

La réplica del manantial le interesó y le inspiró la idea de seguirle en su marcha y presenciar sus trabajos.

De un vuelo rápido abandonó las orillas de la charca para ganar las del manantial; después fué siguiendo el curso del agua, deteniéndose de cuando en cuando para dar descanso á sus alas, atrapar algún insecto y observar el país.

Y he aquí lo que vió:

Aquel manantial convertido en arroyuelo, descendía primero serpenteando á través de una pradera, y en todo su tránsito la hierba vivía espesa, alta, brillante y lozana.

El arroyuelo alimentaba enseguida la fuente de una aldea, donde las jóvenes acudían á llenar con sus aguas límpidas sus tinajas y sus cántaros, y al anoecer los rebaños que volvían de los campos refrescaban sus abrasadas fauces.

Pasada la aldea, el arroyo corría prudentemente en un canal, de donde saltaba en formidable cascada para voltear la rueda de un molino. Y allí era de ver el empuje con que desempeñaba su misión, lanzando al espacio haces de plateadas gotas y cantando con voz potente la hermosa canción del trabajo,

Más lejos el arroyo formaba un lavadero, donde las mujeres jabonaban, golpeaban y aclaraban su ropa; como ellas, reía y charlaba alegremente, las

salpicaba y después se iba llevando copos de espuma blanca que le daban un tinte lechoso.

Juntábase luego á otros arroyos y, convirtiéndose en río, tomaba majestuoso aspecto; bandas de patos surcaban sus aguas y en su verde profundidad se deslizaban las truchas.

En su camino el río prestaba fuerza á molinos, máquinas de aserrar, y toda clase de manufacturas, trasportaba barcos y trabajaba sin cesar hasta el momento en que caía en un río majestuoso que lo llevaba hasta el mar.

Cuando el martín-pescador acompañó así al manantial hasta el término de su viaje, quedó pensativo y maravillado.

—Ah! dijo moviendo su lustrosa cabeza y reflexionando con todas las fuerzas de su cerebro parajil; ahora comprendo por qué el manantial calificaba de estúpida á la charca y no quería permanecer quieto como ella.

Para vivir con vida interesante y útil es preciso sin cesar *marchar adelante*.

No me hablen más de las aguas que duermen ni de las gentes rutinarias que no quieren salir de sus costumbres.

El movimiento es la vida. La inmovilidad es la muerte.

Vivan las aguas que corren y los hombres que avanzan.

A. LAGUERRE.

---

### Moral en acción

—Papá, papá, decía  
la tierna Rosa del jardín volviendo,  
la jaula que me diste el otro día  
no seguirá vacía  
porque he logrado el nido que estás viendo.  
Mira que pajaritos tan pintados!  
En esa jaula les pondré su nido.

Prodigaré solícitos cuidados  
á los que aprisionar he conseguido;  
y les daré, en constantes ocasiones,  
migas de pan, alpiste y cañamones, (1)  
Luego la jaula pintaré por fuera  
y mandaré que doren su alambarrera,  
Pero... en qué estas pensando?  
No me escuchas, papá? Te estoy hablando!

—Sí, querida hija mía,  
pensaba al escuchar esa querella,  
que en la cárcel me han dicho que hay vacía  
una celda muy bella,  
y que te pienso trasladar á ella.  
Como allí el reglamento es algo fuerte,  
ni tu mamá ni yo podremos verte;  
pero te mandaremos cien brocados  
que aumenten tu hermosura,  
y haré dorar cerrojos y candados,  
y de bronce pondré la cerradura.  
Pero... cómo! Llorando estás por eso?

—Ya no lloro, papá: te he comprendido;  
corro á llevar al arbol este nido,  
y... vuelvo por un beso!

CARLOS OSSORIO Y GALLARDO

---

### La tórtola

Joven aun, entre las verdes ramas,  
de secas pajas fabricó su nido;  
la vió la tarde calentar sus huevos,  
la vió la aurora acariciar sus hijos.

Abrió sus alas y cruzó el espacio,  
buscó alimento en los lejanos riscos;  
trajo de frutas la garganta llena,  
y con arrullo despertó á sus hijos.

---

(1) Semilla del cáñamo.

El cazador la contempló dichosa,  
y sin embargo disparó su tiro!...  
Ella, la pobre, en su angustiada muerte,  
abrió las alas y cubrió á sus hijos.

Toda la noche la pasó llorando  
su compañero en el laurel vecino...  
Cuando la aurora apareció en el cielo,  
bañó de perlas el hogar ya frío!...

EPIFANIO MEJÍA (1)

---

EXCELSIOR (2)

Niño, cree en tí! La firme confianza  
En el propio valer el triunfo da;  
Uno mismo es factor de su esperanza  
Y uno mismo la torna en realidad.

Ocupa en el girar de la existencia  
El lugar que tu espíritu te dió:  
El puesto que te asigne tu conciencia  
Ese ha de ser el que te asigne Dios.

Haz lo que grandes hombres siempre han hecho  
En la noble locura del ideal:  
Tener altos anhelos en el pecho  
E ir hasta el fin sin vacilar jamás.

Ayúdate! No entregues tu destino  
Al acaso ó á ajena protección:  
Tu propia voluntad es el camino  
Y la fuerza tu propio corazón.

---

(1) Poeta colombiano. Es autor de algunas poesías muy estimables, como la presente.

(2) Espresión latina. En castellano sería: *Más arriba!*

No solo es héroe el que en febril combate  
Obtiene un triunfo de sangrienta lid;  
Más grande es el que lucha y no se abate,  
El que mira de frente al porvenir.

Lo que eleva á la cumbre desde abajo,  
La recta escala que conduce al bien,  
Es la virtud, la ciencia y el trabajo  
Movidos por la fuerza del deber.

Trabajar es vivir, y en lontananza  
Ha de haber un objeto, un ideal;  
Pues lo que alienta al hombre en la esperanza  
Es la voz que le dice:--Más allá!

El que vacila, el que en su afán no sabe  
Cual es la ruta que conduce á un fin,  
Es como en negra tempestad el ave  
Que arrastra el huracán hasta morir.

Cuál, pues, será el objeto? En lo profundo  
De nuestra voluntad está el poder:  
Y quedan tantas cosas en el mundo  
Que nosotros pudiéramos hacer!

Sueña, ten fe y trabaja! Su desaire  
La suerte no lo muestra al que soñó:  
Hacer altos castillos en el aire  
No es locura cuando es aspiración.

Alzate, sí; pero egoísta idea  
No manche el timbre de tu esfuerzo audaz;  
Piensa en tí mismo y en los otros; sea  
Tu más alta pasión la humanidad.

ISAÍAS GAMBOA (†)

---

(†) Melancólico y buen poeta de Colombia, ya difunto....

## Frío en el corazón

Está nevando... Ni un pajarillo  
Se ve volar!  
Por la llanura triste una joven  
Con su hermanito cruzando va.  
El niño al verla los pies descalzos  
Le preguntó:  
—No sientes frío?—No el de la nieve...  
Yo siento el frío del corazón!  
Mi pobre madre... yo era muy niña,  
Lo puso allí;  
Díome un esposo que yo no amaba  
Y por dichosa me hizo infeliz!—

CANDELARIO OBESO  
(Poeta colombiano)

---

## La abuela

POR JOSÉ MARÍA ALFARO COOPER (1)

Quién busca  
los niños,  
sus gracias  
celebra,  
los ama,  
los mima,  
tan dulce,  
tan buena?  
Quién goza

---

(1) El más dulce y melodioso de los cantores nacionales. En otro tiempo hizo muchos buenos versos, allá cuando florecieron con tan vistosa pompa, los vates de la anterior generación. Luego los afanes de la lucha por la vida que para el señor Alfaro fué siempre azarosa, han hecho enmudecer su lira y solo de cuando en cuando nos regala con sus escasas producciones. Conviene á nuestro empeño en bien de la juventud de este país, dejar aquí constancia de que este poeta es un verdadero hombre de hogar, modesto y temperante.

si rien?  
Si sufren,  
quién pena  
y excusa  
sus faltas  
por graves  
que sean?  
La madre  
dos veces,  
la plácida  
abuela.  
Quién blancos  
cabellos  
cual galas  
ostenta,  
y grata  
los tiempos  
pasados  
recuerda?  
Quién sólo  
virtudes  
y amores  
revela?  
Quién nunca  
se enfada  
y es siempre  
tan buena?  
La madre  
dos veces,  
la plácida  
abuela.

---

### Los dos perros

En una parte del mundo en donde hay toda clase de fieras, un pobre hombre criaba dos perritos, cuya raza era célebre por su fuerza y su valor. Como aquellos animalitos parecían más fuertes y hermosos que la generalidad, pensó regalar uno al propietario á cuyo servicio se dedicaba, que era

un ricacho holgazán, elegante y fino que habitaba una gran ciudad. Así resuelto, llevó un perrito al señor, y se reservó el otro para guardar el ganado.

Los hermanos perros se encontraron en circunstancias muy diferentes. Star frecuentaba una cocina bien provista, donde era el juguete de los criados, que se divertían enseñándole habilidades, y le recompensaban atestándole con los sobros de sus comidas. De la mañana á la noche el perro se cebaba comiendo sin cesar, y llegó á ser grande y gordo con un pelo sedoso y espeso; pero también se hizo cobarde: huía de los perros más pequeños que él. Se hizo goloso, y se le castigaba por los robos que cometía; también fué adulador, comprendiendo que le convenía acariciar á los lacayos y cocineros; mendigaba, hircuiéndose sobre las patas traseras, y traía en la boca las cosas que se le pedían. Por todo eso era admirado y amado de todos los de la casa.

Su hermano Jack vivía en una cabaña del campo. No estaba gordo como Star ni nadie le enseñaba habilidades. Su amo era muy pobre para darle que comer si no se mostraba diligente y útil; vivía continuamente y en todo tiempo al aire libre, y trabajaba de firme para ganarse la vida, haciéndose así atrevido y diligente. Con frecuencia le amenazaban los lobos, cuyos mordiscos había sentido más de una vez, que acechaban el rebaño sometido á su vigilancia; pero esta vida de aguerrido defensor le hizo de tal modo intrépido que ningún lobo le hacía retroceder, y defendía tan bien el ganado, que jamás perdía un carnero de los sometidos á su protección. Era un perro honrado que, hallándose muchas veces sólo en la casa mientras se cocía la sopa, jamás le acudió la idea de robar, sabiendo que había de participar de ella á su debido tiempo. Aquel régimen de vida le había dado una fuerza y una energía extraordinarias; nunca se resguardaba contra la tempestad si el ganado estaba en el campo, y se lanzaba á la rápida corriente del río en invierno si su amo se lo mandaba.

Un día, el propietario de las tierras que culti-

vaba el pobre campesino, vino á recrearse visitando sus propiedades, y miró con estrañeza y desprecio al perro del trabajador, flaco, erizado y torpe; parecía increíble que fuera hermano de Star, cuya habilidad y gentileza encantaban.

No tardó en cambiar de opinión: paseábase por un bosque, acompañado por los dos perros, cuando derrepente saltó de la maleza un enorme lobo hambriento, con los pelos encrespados, los ojos chispeantes, lanzando horrible aullido, que hizo temblar al señor. Creyóse perdido, sobre todo cuando vió á su Star querido huir rápidamente con la cola entre las patas; pero allí estaba Jack, intrépido y valiente, que se arrojó contra el lobo con tal rabia y agilidad, que la fiera hubo de recurrir á toda su energía. La lucha fué larga y sangrienta, pero Jack resultó triunfante, á costa de algunas heridas, y el lobo quedó allí muerto. Jack, jadeante y cubierto de sangre, pareció entonces bello al señor, que le colmó de alabanzas y caricias.

Volvió á la cabaña tan admirado de Jack, que no quiso ya separarse de él, y el pobre campesino se vió obligado á dar aquel bueno y fiel perro á quien amaba como si fuera un hijo.

Por el contrario, el infeliz Star, caído en desgracia, despreciado y aún aborrecido por su amo, quedó en la cabaña, con orden terminante de que se le ahorcase como el más vil y cobarde de los perros.

Cuando partió el señor, el campesino se aproximó á Star para ejecutar su sentencia, pero el animal se le mostró tan bello, lamiendo sus manos y agitando la cola como pidiendo misericordia, que no pudo matarle y le dejó, pensando: «Quizá con un poco de educación se enmendará y llegará á ocupar la plaza de Jack.»

Aquel día fué el principio de una nueva era para Star: comía poco, y en consecuencia pronto se hizo ágil y activo.

La primera vez que llovió ejerciendo su nueva profesión de guardián, abandonó el rebaño y se refugió en la cabaña, pero tan mala acogida le

hizo su ama, que salió más que de prisa pensando (sí, pensando, porque también piensan los perros cuando es necesario) que el frío y la lluvia eran más llevaderos que los garrotazos. Poco á poco se hizo vigoroso y atrevido, y al cabo de algunos meses ya no le importaban las inclemencias de la temperatura.

Su reforma no estaba completa aún, temía mucho á las fieras y el menor rumor de maleza le causaba espanto; pero un día que vagaba solo cerca del bosque se encontró frente á frente con un lobo que le atacó con furia. La necesidad da valor aún á los cobardes, y Star, obligado á defenderse, sin más recurso que aquella energía que se agiganta cuando es necesario y hace los héroes, se las compuso de tal modo, que á los pocos momentos hizo presa en el cuello de su enemigo. Acudió el campesino, le alentó y le acarició después del triunfo, le trató luego con mayor afecto, y Star, contento de su amo y satisfecho se hizo valiente y como tal tuvo fama entre las fieras del país.

Entretanto, Jack no trabajaba, ni corría riesgos y sólo se ocupaba en comer y dormir; se hacía gran caso de él porque había salvado la vida del amo, y como todas nuestras cualidades—y digo *nuestras* aunque se trate aquí de un perro, porque entre perros y hombres no hay diferencia para el caso,—se degradan si no se mantienen en plena actividad, dejó de ser gradualmente el bueno y valeroso perro de antes, y se hizo perezoso, glotón, cobarde y acabó por adquirir todos los vicios consiguientes á una existencia ociosa, egoísta y sin objeto.

Al año siguiente volvió el amo á visitar sus tierras, las que le daban riqueza sin trabajar y mantenían en estado miserable al trabajador que las hacía producir, y llevó consigo á Jack para que le defendiera de los lobos. Pronto encontraron los campesinos las huellas de un lobo, que se mostró tan feroz como se le deseaba; pero Jack, lejos de portarse como el año anterior, huyó despavorido, pero no faltó otro perro valiente, generoso y bien

dispuesto que se presentara en la terrible circunstancia; dicho perro se abalanzó al lobo con una intrepidez y destreza que entusiasmó á los espectadores. La lucha fué larga, pero el lobo sucumbió á la bravura de su adversario.

Mortificado el señor con la conducta de su perro favorito, se preguntaba por qué había obrado así, y mirando al perro vencedor que vino á lamerle la mano, reconoció con admiración al pobre Star, con el que había sido tan cruel é injusto.

Entonces comprendió que á los perros, como á los hombres, las circunstancias de la vida son las que los hacen, trátense de hombres ó de perros, lo que son, buenos ó malos, útiles ó inútiles, y que no ha de desesperarse de cambiar el carácter de las gentes mejorando su vida y desarrollando sus cualidades con el libre ejercicio de todas sus facultades.

THOMAS DAY. (1)

(De *Sandford and Merton*)

---

## Piedras entre las ruedas

### I

A la entrada del fundo, (2) sobre la loma baja, con vista al poniente, álzase la casa del propietario. Hacia la derecha, una falda vestida de bosque descende al riachuelo; del otro lado del cual la pendiente es una sábana de trigo reverberante, que ondea como una inmensa bandera amarilla tendida sobre una tribu de espigas. A la espalda de la casa, rebaños desgranados, con la cabeza gacha, van buscando los lugares en donde los árboles derraman sombra.

---

(1) Escritor político y poeta inglés (1778-1789). Su obra más famosa es la historia de *Sandford and Merton*.

(2) Hacienda

Al frente, un campo escueto. (1) Como á doscientos metros del corredor está la trilladora; detrás de ésta, el motor á vapor. Se levanta allí cerca un montón de trigo. Todo esto es nuevo para los rústicos, que en grupo silencioso contemplan las máquinas, todavía inmóviles.

Tras larga pausa, un espectador dijo:

—Cuentan que esto trabaja como un diablo!

—Um! No creo.

—Vaya que sí!

—Sí es verdad!—replica otro;—me han dicho más: que en un mes todo el trigo está trillado!

—No, no puede ser! Y nosotros nos quedamos el resto del tiempo con los brazos cruzados? No, no puede ser!

—Vaya que sí!—Todos dudaban. Aquello era monstruoso. Desde ese momento la mirada de curiosidad adquirió el brillo de la mirada hostil. Se estaba al frente de un adversario desconocido.

—A ver! señores! gritó el propietario, joven robusto de treinta años. Necesito seis hombres listos. Silencio.

—Cómo? Ninguno?

Un hombre de unos cincuenta años, de mirada inteligente, de ceño torvo, avanzó hacia el propietario:—Señor, yo soy de los seis.

—Todos murmuraron. Aquel viejo era también un enemigo suyo, un enemigo del pueblo.

—Solo uno tiene valor para manejar la máquina? Se adelantaron ocho.

—Con cinco es bastante. Cuando tenga trabajo para los demás, los llamaré.

El grupo comenzó á despejarse.

## II

—Ellos! Los enemigos del pueblo!—No se oía otra cosa en la aldea próxima al fundo.

El viejo de torvo ceño citó á los hombres del

---

(1) Descubierta.

pueblo para que se reunieran en la taquilla más famosa del caserío.

Todos hablaban, discutían, á la luz de un farol, á la entrada de la taberna. La algazara se enardecía, cuando se presentó el hombre de ceño torvo. Habló en voz baja. Las cabezas, enracimadas, escuchaban. Una salva de aplausos acogió las últimas palabras del orador. Bravo! Así se hace! ¡Es el amigo del pueblo!

### III

Al día siguiente, la máquina devoraba espigas. Desaparecían los montones unos tras otros! Aquello era un monstruo de músculos incansables. Los hombres estaban espantados de ver trabajar aquel animal inteligente que aventaba la paja y recogía el grano.

De vez en cuando, el animal se lamentaba con un chillido estridente, como si un calambre le contorciese un tendón.

Hacia las dos de la tarde hubo un lamento prolongado y el animal echó á trotar, cojeando, y se paró de pronto.

Los seis hombres se miraron: aquello había concluído.

El propietario desarmó la trilladora: había dientes rotos, atascamientos de paja y piedras entre las ruedas.

Despidió á los seis! Y á curar la bestia!

### IV

Tres días después aquel animal emprendía de nuevo la tarea. Un mozo de veinte años dirigía el trabajo. En los momentos de descanso, entre uno y otro montón, aquellas manos jóvenes acariciaban la máquina, como se acarician las ancas de un potro que se estima. El joven y la bestia de hierro se entendían. La una había nacido para el otro y no para el viejo, que mirándola camiar

demasiado rápidamente le arrojaba con odio piedras entre las ruedas.

V

En la obra de la civilización, la tarea de muchos viejos es la de arrojar piedras en las ruedas y muchos jóvenes arrastran por el mundo almas de viejos.

ROBERTO BRENES MESÉN

---

**La Carta para Dios**

(DE H. FR. VON OSSEN)

El tío Gerardo estaba disgustado; parecía que todo se había conjurado para echarle á perder el humor, si es que conservaba alguno desde que hacía cinco meses había muerto su mujer, la que fué su compañera de los buenos y malos ratos durante veinticinco años.

Al despertar esa mañana, había sentido un peso enorme sobre su corazón, el peso de la soledad; se había vestido y, sin desayunarse, había ido á su oficina.

Al poco rato, llegó un campesino que no pudo explicarle nunca claramente lo que quería... luego hacía un calor insoportable... y esas moscas que revoloteaban sin cesar. En una palabra, el tío Gerardo estaba de mala. Había tratado ya varias veces de espantar esos animalitos, pero inútilmente pues cada vez que alargaba la mano para asestarles un feroz golpe, las moscas daban una vuelta y al poco rato estaban nuevamente sobre él.

Llamaron débilmente á la puerta y entró un niño con el rostro encendido por el calor y cubier-

to de polvo que en sus mejillas había formado surcos con el sudor.

—Buenos días—dijo el niño tímidamente—quisiera escribir una carta.

—Cuesta veinte centavos—contestó el tío Gerardo.

El pequeñuelo se volvió hacia la puerta y mientras hacía esfuerzos para abrirla, dijo con una voz empapada en lágrimas:

—Perdone, yo no tengo plata.

El viejo Gerardo, emocionado por el dulce tono de la voz, lo llamó:

—Un hombre no llora! Eres hijo de soldado?

—No, soy hijo de mi mamá.

—Ah! y quieres escribir un deseo tuyo?

—Sí... si usted fuera tan amable...

El viejo se acercó á su escritorio de encina y tomó con aire de importancia papel y pluma.

—Bueno; dí luego lo que quieres

El niño guardó silencio.

—Dí, pues, cómo se llama la persona á quien quieres escribir.

—Quién?

—Sí,; á quién quieres hacer tu pedido?

—Yo quisiera escribirle á Dios.

—A Dios!...

Pero cuando vió al pobrecito que lloraba amargamente, lo tomó en sus rodillas y le hizo cariños.

—Quisiera contarle que mi mamá está durmiendo desde anoche, y le quiero dar las gracias porque le ha mandado un sueño tan bueno; pero ahora ya es bastante... que la despierte otra vez... porque yo he tratado de despertarla varias veces... le doy besos, pero no se mueve.

El tío Gerardo se estremeció como si le hubieran tocado el corazón con una mano helada; dos lágrimas rodaron de sus viejos ojos.

—Dios ha recibido tu carta, hijo mío; ven, iremos juntos á ver á tu madre.

Lleno de alegría el niño se puso de pie.

—Pero por qué llora usted?

—Cállate... los hombres no lloran, pero, yo...

yo también tenía una madre, y cuando se fué me dijo: «Sé siempre un hombre de bien»... y ahora me acordé de ella.

Y tomando al niño en sus brazos como para mostrarlo á su madre en el cielo, dijo:

—Ves, madre, Dios me ha escrito una carta para que cumpla su voluntad y sea el padre de este huérfano.

## CONTENIDO

|  | Pág. |
|--|------|
| <i>Los Cisnes</i> , de Beata Francis.....                  | 1    |
| <i>Congreso de Filántropos</i> , de Beata Francis.....     | 14   |
| <i>La niña buena</i> , de V. Medina.....                   | 18   |
| <i>Consejo de Golondrina</i> , de J. Isaacs.....           | 19   |
| <i>El niño y la Golondrina</i> , de J. Isaacs.....         | 20   |
| <i>El Pan nuestro</i> , de A. Palomero.....                | 21   |
| <i>Dios tarda pero no olvida</i> , de León Tolstoy.....    | 23   |
| <i>Malachka y Akulina</i> , de León Tolstoy.....           | 32   |
| <i>Los ciegos y los elefantes</i> , de León Tolstoy.....   | 34   |
| <i>Los dos gorrioncitos</i> , de A. Alfaro.....            | 35   |
| <i>La azucena y el clavel</i> , de M. de Peña y Badin..... | 37   |
| <i>La pedrada</i> , de Julio Flórez.....                   | 38   |
| <i>Somos siete!</i> de Koslof.....                         | 38   |
| <i>El caracol y el rosal</i> , H. C. Andersen.....         | 40   |
| <i>Felicidad</i> , de J. M. Zeledón.....                   | 43   |
| <i>Mi patria</i> , de R. Brenes Mesén.....                 | 44   |
| <i>De mi jardín</i> , de E. Hine Saborío.....              | 44   |
| <i>Recitación Escolar</i> , de A. J. Echeverría.....       | 45   |
| <i>El 5</i> , de C. González Rucavado.....                 | 46   |
| <i>El manantial y la charca</i> , de A. Laguerre.....      | 48   |
| <i>Moral en acción</i> , de C. Osorio y Gallardo.....      | 50   |
| <i>La tórtola</i> , de E. Mejía.....                       | 51   |
| <i>Excelsior</i> , de I. Gamboa.....                       | 52   |
| <i>Frío en el corazón</i> , de C. Obeso.....               | 54   |
| <i>La abuela</i> , J. M. Alfaro Cooper.....                | 54   |
| <i>Los dos perros</i> , de T. Day.....                     | 55   |
| <i>Piedras entre las ruedas</i> , de R. Brenes Mesén.....  | 59   |
| <i>La carta para Dios</i> , de Von Ossen.....              | 62   |